AÑO I BUENOS AIRES, Miércoles 7 de Abril de 1926 No. 41

EL REPARTO DE SIVA

Siva, que manda al (hombre las cosechas,
de pan, trabajo y duelos
y hace que sople el (viento,
sentado en el umbral de (un claro día,
ha de ello mucho tiem- (po,
repartió su porción a (cada uno.

Crítica para los Niños

Suplemento de 8 páginas Aparece los miércoles

desde el Rey, que en el (guddé se reclina,
al pobre pordiosero.
Hízolo todo Siva, el que (protege,
sí, todo ¡Mahadeo!
dió el espino al camello, (al buey forraje,
y a ti, mi niño, por cojín mi pecho.

Rudyard Kipling.

El pesquisa Hormiga Negra o el robo del diamante azul

HISTORIETA POLICIAL ILUSTRADA POR ROJAS



El Tintero Mágico



Nada más terrible que el tiempo que se emplea esperando una comunicación telefónica, y nada más espantoso para el abonado que la impotencia en que se encuentra de saciar su legítimo enojo durante ese tiempo.



Las compañías telefónicas deben proporcionar a sus abonados, por un precio razonable, un maniquí llamado "muñeca de represalias", que represente a la señorita encargada de su número.



Cuando el abonado, después de tocar el timbre infructuosamente, sienta crecer su cólera, tendrá la satisfacción de mirar la imagen de su verdugo, fulminarla con miradas iracundas e increparla enérgicamente.



Podrá lanzarse sobre ella, pisotearla, arrancarle el cabello, descuartizarla, sacarle los ojos, y de esta manera el tiempo le parecerá más breve.



Después de estas torturas, podrá encender una hoguera y quemarla a fuego lento por medio de fósforos (con o sin veneno) con el fin de que se prolongue más la venganza.



Satisfecha la cual, su cólera empezará a aplacarse, recobrará la calma, y cuando, después de tres horas, obtenga la comunicación, dirá sonriendo: "muchas gracias, señorita", y de este modo reinará la mejor armonía entre los abonados y las telefonistas.

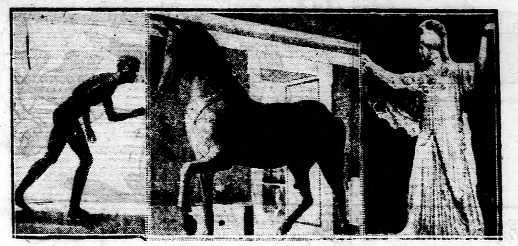
DESCRIPCION DE ESTA LAMINA



Semanalmente, publicaremos una lámina del tamaño de la presente, con el propósito de que nuestros amiguitos observen en ella, y nos describan por escrito cuánto pueden sugerirle las escenas que ellas representan, y que trataremos sean todo lo sencillas posibles. Las cuatro mejores descripciones serán premiadas con un argentino oro, suprimiéndose, en consecuencia, los premios que a los mejores cuentos dió la dirección de CRITICA hasta hace poco. Ello no significa que las colaboraciones y cuentos que acostumbran a mandarnos nuestros colaboradores sean desechados. Los cuentos que se nos envíen, y que a juicio nuestro lo merezcan, serán publicados e ilustrados, como estímulo al trabajo y dedicación de nuestros amiguitos.

¿Se Conseguirá Desentrañar los Misterios : : : : : : : Ocultos Bajo la Lava de los Volcanes?

Un arqueólogo norteamericano, el doctor Waldstein había propuesto al gobierno italiano, reanudar las excavaciones de Herculano, la ciudad sepultada por la lava del Vesubio, a la vez que Pompeya, empleando todos los recursos de la ingeniería moderna. Con este motivo no estará de más decir algo acerca de la historia de dichas excavaciones, aunque no sea más que para recordar al mismo tiempo la parte que en ellas correspondió a un monarca español.



1 Estatua de mármol de Palas Atenea. 2 Uno de los caballos que coronaban el teatro de Herculano. 3 Atleta en bronce

Las ruinas de Herculano fueron descubiertas antes que las de Pompeya. Nadie, desde la horrenda catástrofe que enterró las dos ciudades, se había preocupado de levantar el velo de lava que las cubría, cuando hace casi dos siglos en 1719, un noble extranjero que residía en Portici, el príncipe de Elbeuf, tuvo la ocurrencia de hacer abrir un pozo en terrenos de su propiedad. En vez de encontrar una capa de agua potable, los poceros descubrieron una especie de caverna, y al bajar a ella, halláronse en medio de un gran edificio antiguo, embellecido con soberbias estatuas de mármol blanco. El príncipe de Elbeuf hizo extraer de aquellas ruínas, que resultaron ser las de un teatro, veinte columnas de piedra de color y diez o doce graciosas estatuas femeninas, algunas de las cuales fueron más tarde consideradas como las hijas de Nonio Balbo, constructor de la casa del tribunal de Herculano. Tres de estas estatuas fueron regaladas por el príncipe de Elbeuf al gran héroe militar austriaco, el príncipe Eugenio, sin duda para complacer a Austria, bajo cuyo dominio estaba Nápoles a la sazón; pero así y todo, las autoridades locales confiscaron el resto de los objetos extraídos y prohibieron que continuasen las excavaciones. Las tres estatuas del príncipe Eugenio fueron más tarde compradas por el elector de Sajonia y hoy se encuentran en Dresde.

Veinte años después, Nápoles pertenecía al segundogénito de la Casa Real española, y el rey Carlos, que luego fué Carlos III de España, se hacía construír una villa de verano en el mismo sitio en que estuvo el castillo del príncipe Elbeuf. De dirigir las obras se encargó el capitán Alcubier, hombre inteligente, pero más soldado que arquitecto. Uno de sus primeros cuidados fué el de abrir otro pozo, esperando encontrar mármoles antiguos rotos para un horno de cal. Por pura casualidad, la excavación se hizo sobre el punto más alto del teatro, donde había un grupo de cuatro o seis soberbios caballos de bronce, muy superiores, como escultura, a los famosos de San Marcos de Venezia. Los operarios, mal dirigidos, sacaron a pedazos aquellas magníficas estatuas y la mayor parte del bronce se empleó en hacer unos retratos, en bajorrelieve, del rey y la reina, así como algunos ornamentos de iglesia.

El resto quedó abandonado en un rincón del patio del palacio, hasta que se buscó en Roma un hábil escultor que con aquellos fragmentos reconstruyó, como mejor pudo, un solo caballo. Por cierto que aquella escultura compuesta quedó tan llena de grietas, que cada vez que llovía se le llenaba el vientre de agua y era luego preciso vaciárselo con una jeringa. Aquellas operaciones quirúrgicas con el caballo de bronce hicieron reír a todo Nápoles durante algunos años.

Animados por aquel hallazgo, el capitán Alcubier comenzó una serie de excavaciones hechas, fuerza es confesarlo, con menos talento que voluntad. El soldado-arquitecto sólo buscaba estatuas, pinturas y mosaicos, y se cuidaba muy poco del estado en que dejaba las ruínas. Y hay que reconocer que jamás hubo excavador más afortunado. El rey Carlos pronto vió lleno su palacio de despojos de Herculano, algunos de los cuales fueron más adelante a adornar el real alcázar de Madrid y a enriquecer el Museo Arqueológico. En poco tiempo se encontraron varios bustos imperiales de la era de Augusto, dos retratos ecuestres, varias esculturas de estilo griego y cuatro frescos representando escenas mitológicas.

Pero el descubrimiento más importante de aquella época fué el de la villa de la familia Pison, cuyos habitantes y propietarios parecían ser grandes amantes de las artes. Allí se encontraron, además de numerosas obras de escultura, nada menos que ochocientos rollos de papiro conteniendo obras literarias de gran valor, sobre todo poéticas, en su mayor parte de autores griegos. De la importancia de aquel hallazgo es prueba el hecho de haberse fundado una Academia de Herculano, que durante los siglos XVIII y XIX publicó el contenido de aquellos ochocientos rollos.

El descubrimiento de las ruinas de Pompeya, en 1748, hizo decaer mucho el entusiasmo que despertaron los hallazgos de Herculano, y cuando Carlos fué a ocupar el trono de España, las excavaciones en esta última ciudad fueron olvidadas, hasta que, muchos años después, Víctor Manuel II concedió de su propio bolsillo, diez mil liras anuales para reanudar los "scavi d'Ercolano". Ahora, el gobierno italiano ha imitado aquel ejemplo votando un millón de liras para continuar los trabajos, y el rey, como digno descendiente de su homónimo, ha añadido a esta suma cien mil pesos oro de sus recursos particulares. Con estos fondos, las excavaciones se reanudarán muy en breve.

Con el apoyo del gobierno italiano el doctor Waldstein podría llevar a la práctica su proyecto y las excavaciones casi suspendidas volverían a tomar nuevo impulso.

Herculano tiene, sin embargo, bellezas y curiosidades que es imperdonable permanezcan aún bajo la lava que las sepultó.

La época romana tiene en la antigua ciudad ejemplares valiosos de su poderío y progreso que son para el arqueólogo de inestimable valor.

Del arte griego se conservan también algunos restos de arquitectura y escultura que mejor estarían en los museos de Europa.

La presión de abajo arriba en los líquidos—

Un disco de cartón en contacto por su cara inferior con un líquido cuya superficie se halla a un nivel más elevado, experimenta una presión de abajo arriba igual al peso de una columna líquida que tuviese por base dicha superficie y por altura la del líquido exterior encima de ella.

En un tarro grande de vidrio lleno de agua hasta tres cuartas partes de su contenido, introduciremos tres tubos de lámpara de distintas formas y el disco de cartón, y veremos demostrado lo dicho.

Introducido en el agua el primer tubo formado por dos cilindros de diámetros diferentes, con el disco de cartón aplicado en su parte baja, veremos que el líquido no entra en el tubo. Para separar el disco de cartón será necesario verter agua en el tubo y aquél no se separará hasta que el nivel del líquido interior sea igual al del líquido exterior.

Un segundo tubo, perfectamente cilíndrico, y otro tercer tubo cuya parte inferior sea más ancha nos permitirán igual demostración.

En el tubo cilíndrico, la cantidad de agua necesaria para separar el disco de cartón será mayor que en el primero. Y finalmente, en el tercer tubo el agua tendrá que verterse en mayor cantidad que en los dos anteriores.

Para que la demostración con los tres tubos de forma diferente dé el resultado a que hemos hecho referencia, es necesario que el diámetro del círculo que se pone en contacto con el disco de cartón sea el mismo en todos ellos.

Mesa de billar usada desde 1813—

Hasta hace pocos meses ha estado prestando servicios en un hotel de campaña de Bedfordshire (Inglaterra) una mesa de billar que lleva la siguiente inscripción en una placa: "Gillows, número 934. A. D. 1813". A pesar de haber servido cerca de 90 años la mesa, que es de caoba, se halla en buen estado

Es interesante notar que la mesa en su forma primitiva fué invención de los señores Gillow, quienes tuvieron por muchos años el monopolio de la fabricación.

PAPEL ELECTRIZADO

Aprovechando un tiempo seco, si se frota un papel delgado con un cepillo o simplemente con la mano, quedará electrizado en pocos momentos y se pegará a la mano, al cuerpo o a la ropa, sin poderlo separar, como si tuviese goma.

De la misma manera se puede electrizar un papel grueso, una tarjeta postal, por ejemplo, y atraer los cuerpos de peso ligero, tales como las cerdas del cepillo o la médula de saúco. Colóquese un bastón liviano en equilibrio sobre el respaldo de una silla, y anúnciese que se le hará caer sin tocarle a él ni a la silla y sin soplar tampoco.

Para ello se seca bien la tarjeta ante el fuego y se la frota vigorosamente con un cepillo. Acercando luego una de las puntas al bastón se notará que éste la sigue, como el hierro al imán, hasta el momento en que roto el equilibrio caerá de la silla.

El juego puede realizarse igualmente, sustituyendo el bastón que pesa poco por una caña de pescar, la cual será atraída lo mismo que lo fué el bastón.

Casa edificada en un tejado

La capital de la Normandía, Rouen, muestra curiosos ejemplos de casas edificadas sobre tejados; éstas eran numerosas en la Edad Media, en la que se les conocía con el nombre de "oriols" o de "oriels", cuyo origen no es bien conocido. Tan extrañas construcciones no estaban destinadas, como lo están los miradores de nuestras casas de lujo, a proporcionar una vista encantadora, sino que hacían el oficio de habitaciones verdaderas, con dormitorios, etc. En esos "oriols" se reunía la familia los días de fiesta y se dormía la siesta allí durante los días calurosos del estío. Rouen posee aún cuatro o cinco "oriols", siendo sin duda el más notable el que reproducimos de una fotografía reciente. Se eleva en el techo de una casa de la calle del Grand Pont y se le ve muy bien desde la plaza de la Catedral; parece que data del siglo XVII y que la casa que lo soporta fué construída un siglo antes; es por sí solo una habitación confortable y mucha gente se contentaría con poder vivir en esa casa de lo alto de un tejado.

El hilo quemado

Mojad un hilo en agua muy salada, dejadlo secar luego, y repetid la operación dos o tres veces, seguidamente. Ese modo de preparar el hilo debe hacerse en secreto, y cuando lo presentéis a vuestro público tendrá todas las apariencias de un hilo común.

Suspended de él una sortija, tratando que sea lo menos pesada que os sea posible, y aplicad un fósforo encendido al hilo. Este arderá de un extremo a otro, y los espectadores se sorprenderán al ver que la sortija queda pendiente de la ceniza de esta combustión.

En realidad, la parte fibrosa del hilo ha sido consumida por el fuego, pero ha quedado un tubito de sal, bastante sólido para que, si el experimento se efectúa en una habitación cuyas puertas y ventanas cerradas, le pongan al abrigo de las corrientes de aire, la sortija se sostenga en el hilo quemado.

El juego puede realizarse también del siguiente modo. Atad cuatro hilos a las puntas de un rectángulo de muselina, haciendo una especie de hamaca; remojadlo todo en agua muy salada, dejadlo secar, y repetid la operación varias veces.

Una vez saturados de sal el hilo y la muselina y perfectamente secos, se coloca una cáscara de huevo, en la forma que indica el grabado. Dad fuego a la hamaca y arderá lo mismo que los hilos, sin que la cáscara de huevo caiga al suelo, siempre que hayáis tenido las precauciones indicadas en el primer experimento.

Una Sabia Innovación



Barbacaprina, dibujante de planos de cloacas, lloraba amargamente. Lloraba porque no tenía un centavos. Todas las cloecas... digo, todas las puertas se le cerraban.



Estaba en vías de derramar una barrica de lágrimas, cuando salió de su pupitre un buen viejo que le dijo: "Voy a socorrerte. Cuando desees algo, pídelo a tu tintero de tinta china, y se accederá a tus justos deseos. Fíjate bien".



Apenas desapareció el hombre misterioso, Barbacaprina pidió tabaco al tintero, del que salió al punto una pipa llena. Se la fumó, muerto de ilusión.



Luego le pidió un jamón, botellas de vino, salchichones falsificados de aquellos con que se había nutrido en su niñez, y todo salió del tintero-restaurant mágico.



Tanto, que invitó a su amigo, el poeta Quejumbroso, quien no comía desde que había dejado el pecho de su mamá.

Pero, embriagado de comestibles, osó pedirle al tintero unas copitas de "chartreuse" e...



...inmediatamente salieron de él unas manzanas que dieron a los amigos unas bofetadas tremendas.

¡Es claro! iba a hacerse un vicioso. No se había fijado bien. El deseo de la "chartreuse" no era justo.

Reflexión de la luz en la superficie de los cuerpos trasparentes—

Colocad de una parte y otra del cuadrado de vidrio, situado en la parte inferior de la hoja de una ventana, y simétricamente dos candeleros con su bujía correspondiente, ambas de la misma altura.

La bujía iluminada por la luz del día que entra por la ventana abierta, se reflejará en la lámina de vidrio como en un espejo, y la imagen de esta bujía, vista por reflexión en dicha lámina, quedará superpuesta a la imagen de la segunda vela, vista por transparencia a través del vidrio.

Anunciad a quienes presencien el juego, que vais a encender la segunda vela a través del vidrio. Para ello, encended la que está delante, es decir, de vuestro lado, y la otra parecerá que arde inmediatamente.

Amiguitos de CRITICA vistos por Bravo



EL REY DEL FRIO

POR AFANASIEV

Erase que se era un viejo que vivía con su mujer, también anciana, y con sus tres hijas, la mayor de las cuales era hijastra de aquélla. Como sucede casi siempre, la madrastra no dejaba nunca en paz a la pobre muchacha y la regañaba constantemente con cualquier pretexto.

—¡Qué perezosa y sucia eres! ¿Dónde pusiste la escoba? ¿Qué has hecho de la badila? ¡Qué sucio está este suelo!

Y, sin embargo, Marfutka podía servir bien de modelo, pues además de linda era muy trabajadora y modesta. Levantábase al amanecer, iba en busca de leña y de agua, encendía la lumbre, barría, daba de comer al ganado y se esforzaba en agradar a su madrastra, soportando pacientemente cuantos reproches, siempre injustos, le hacía. Sólo cuando ya no podía más sentábase en un rincón donde se consolaba llorando.

Sus hermanas, con el ejemplo que recibían de su madre, le dirigían frecuentes insultos y la mortificaban grandemente; acostumbraban a levantarse tarde, se lavaban con el agua que Marfutka había preparado para sí y se secaban con su toalla limpia. Después de haber comido es cuando solían ponerse a trabajar.

El viejo se compadecía de su hija mayor, pero no sabía cómo intervenir en su favor, pues su mujer, que era la que mandaba en aquella casa, no le permitía nunca dar su opinión.

Las hijas fueron creciendo, llegaron a la edad de buscarles marido, y los ancianos calculaban el modo de casarlas lo mejor posible. El padre deseaba que las tres tuviesen acierto en la elección; pero la madre sólo pensaba en sus dos hijas y no en la hijastra. Un día se le ocurrió una idea perversa, y dijo a su marido:

—Oye, viejo, ya es hora de que casemos a Marfutka, pues pienso que mientras ella no se case tal vez suceda que las niñas pierdan un buen partido; así es que nos tenemos que deshacer de ella casándola lo antes posible.

—¡Bien! — dijo el marido, echándose sobre la estufa.

Entonces la vieja continuó:

—Yo ya le tengo elegido un novio; así es que mañana te levantarás al amanecer, engancharás el caballo al trineo y partirás con Marfutka; pero no te diré dónde debes ir hasta que llegue el momento de marchar.

Luego, dirigiéndose a su hijastra, le habló así:

—Y tú, hijita querida, meterás todas tus cosas en tu baulito y te vestirás con tus mejores galas, pues tienes que acompañar a tu padre a una visita.

Al día siguiente Marfutka se levantó al amanecer, se lavó cuidadosamente, recitó sus oraciones saludó al padre y a la madre, puso lo poco que tenía en el pequeño baúl y se engalanó con su mejor vestido. Resultaba una novia hermosísima.

El viejo, cuando hubo enganchado el caballo al trineo, le puso ante la puerta de la cabaña, y dijo:

—Ya está todo listo, y tú, Marfutka, ¿estás también preparada?

—Sí, estoy pronta, padre mío.

—Bien — dijo la madrastra —; ahora es preciso que comáis.

El anciano padre, lleno de asombro, pensó: "¿Por qué se sentirá hoy tan generosa la vieja?".

Cuando terminaba la colación, dijo la esposa al asombrado viejo y a su hijastra:

—Te he desposado, Marfutka, con el Rey del Frío. No es un novio joven ni apuesto, pero es, en cambio, riquísimo, y ¿qué más puedes desear? Con el tiempo llegarás a quererle.

El anciano dejó caer la cuchara, que aun tenía en la mano, y con los ojos llenos de espanto miró suplicante a su mujer.

—Por Dios, mujer — le dijo —. ¿Perdiste el juicio?

—No sirve ya que protestes; ¡está decidido, y basta! ¿No es acaso un novio rico? Pues entonces, ¿de qué quejarse? Todos los abetos, pinos y abedules los tiene cubiertos de plata. No tendréis que andar mucho; iréis directamente hasta la primera bifurcación del camino, luego tiraréis hacia la derecha, entraréis en el bosque, y cuando hayáis corrido unas cuantas leguas veréis un pino altísimo y allí quedará depositada Marfutka. Fíjate bien en el sitio que te digo para no olvidarlo, pues mañana volverás para hacerle una visita a la recién casada. ¡Animo, pues! Es preciso que no perdáis tiempo.

Era un invierno crudísimo el de aquel año; cubrían la tierra enormes montones de nieve helada y los pájaros caían muertos de frío cuando intentaban volar. El desesperado viejo abandonó el banco en que estaba sentado, acomodó en el trineo el equipaje de su hija, mandando a ésta que se abrigara bien con la pelliza, y al fin se pusieron los dos en camino.

Cuando llegaron al bosque se internaron en él. Era un bosque frondoso, y tan espeso, que parecía infranqueable. Al llegar bajo el altísimo pino hicieron alto, y el viejo dijo a su hija:

—Baja, hija mía.

Marfutka le obedeció y su padre descargó del trineo el baulito, que puso al pie del árbol, hizo que su hija se sentara sobre él, y dijo:

—Espera aquí a tu prometido y acógelo cariñosamente.

La pobre niña, al quedar sola al pie del altísimo pino sentada sobre su baúl, sintió gran tristeza. Al poco rato empezó a tiritar, pues hacía un frío intensísimo, que la iba invadiendo poco a poco. De pronto oyó allá a lo lejos al Rey del Frío, que hacía gemir al bosque saltando de un abeto a otro. Por fin llegó hasta el pino altísimo, y al descubrir a Marfutka le dijo:

—Doncellita, ¿tienes frío? ¿Tienes frío, hermosa?

—No, no tengo frío, abuelito — contestó la infeliz muchacha, mientras daba diente con diente.

El Rey del Frío fué descendiendo haciendo gemir al pino más y más, y ya muy cerca de Marfutka volvió a preguntarle:

—Doncellita, ¿tienes frío? ¿Tienes frío, hermosa?

Y la pobrecita niña no le pudo responder porque ya empezaba a quedar helada.

Entonces el rey sintió gran compasión por ella y la arropó bien con abrigos de pieles y la prodigó mil caricias. Luego le regaló un cofrecillo en el que había mil prendas lujosas y de valor, un capote forrado de raso y muchísimas piedras preciosas.

—Me conmoviste, niña, con tu docilidad y paciencia.

La perversa madrastra se levantó con el alba y se puso a freir buñuelos para celebrar la muerte de Marfutka.

—Ahora — dijo a su marido — vete a felicitar a los recién casados.

El viejo, pacientemente, enganchó el caballo al trineo y marchó. Cuando llegó al pie del pino no daba crédito a sus ojos: Marfutka estaba sentada sobre el baúl, como la dejó la víspera, sólo que muy contenta y abrigada con un precioso abrigo de pieles; adornadas sus orejas con magníficos pendientes y a su lado se veía un soberbio cofre de plata repujada.

Cargó el viejo todo este tesoro en el trineo, hizo subir en él a su hija, y, sentándose a su vez, arreó al caballo camino de su cabaña.

Mientras tanto, la vieja, que seguía su tarea de freir buñuelos, sintió que el perrillo ladraba debajo del banco.

—¡Guau! ¡Guau! Marfutka viene cargada de tesoros.

Incomodóse la vieja al oirle, y la rabia le hizo coger un leño que tiró al can.

—¡Mientes, maldito! El viejo trae solamente los huesecitos de Marfutka.

Al fin sintióse llegar al trineo y la vieja se apresuró a salir a la puerta. Quedó asombrada. Marfutka venía más hermosa que nunca, sentada junto a su padre y ataviada ricamente. Junto a sí traía el cofre de plata que encerraba los regalos del Rey del Frío.

La madrastra disimuló su rabia, acogiendo con muestras de alegría y cariño a la muchacha, y la invitó a entrar en la cabaña, haciéndola sentar en el sitio de honor, debajo de las imágenes.

Sus dos hermanas sintieron gran envidia al ver los ricos presentes que le había hecho el Rey del Frío, y pidieron a su madre que las llevara al bosque para hacer una visita a tan espléndido señor.

—También nos regalará a nosotras— dijeron —, pues somos tan hermosas o más que Marfutka.

A la siguiente mañana la madre dió a comer a sus hijas, hizo que se vistieran con sus mejores vestidos y preparó todas las cosas necesarias para el viaje. Despidiéronse ellas de su madre, y, acompañadas del viejo, partieron hacia el mismo sitio donde quedara la víspera su hermana mayor. Y allí, bajo el pino altísimo, las dejó su padre.

Sentáronse las dos jóvenes una junta a otra, decididas a esperar y entretenidas en calcular las enormes riquezas del Rey del Frío. Llevaban buenísimos abrigos; pero, no obstante, empezaron a sentir mucho frío.

—¿Dónde se habrá metido ese rey?— dijo una de ellas. — Si continuamos así mucho rato llegaremos a helarnos.

—Y qué vamos a hacer — dijo la otra. — ¿Te figuras tú que novios del rango del Rey del Frío se apresuran por ir a ver a sus prometidas? Y a propósito: ¿a quién crees tú que elegirá, a ti o a mí?

—Desde luego creo que a mí, porque soy la mayor.

—No, te engañas; me escogerá a mí.

—¡Serás tonta!

Enzarzáronse de palabras y concluyeron por reñir seriamente. Y riñeron, riñeron, hasta que de repente oyeron al Rey del Frío, que hacía gemir al bosque saltando de un abeto a otro.

Enmudecieron las jóvenes y sintieron al fin sobre el pino altísimo a su presunto prometido, que les decía:

—Doncellitas, doncellitas, ¿tenéis frío? ¿Tenéis frío, hermosas?

—¡Oh, sí, abuelo! Sentimos demasiado frío. ¡Un frío enorme! Esperándote, casi nos hemos quedado heladas. ¿Dónde te metiste para no llegar hasta ahora?

Descendió un tanto el Rey del Frío, haciendo gemir más y más al pino, y volvió a preguntarles:

—Doncellitas, doncellitas, ¿tenéis frío? ¿Tenéis frío, hermosas?

—¡Vete allá, viejo estúpido! Nos tienes medio heladas y todavía nos preguntas si tenemos frío. ¡Vaya! ¡Mira que venir encima con burlas! Danos de una vez los regalos o nos marcharemos inmediatamente de aquí.

Bajó entonces el Rey del Frío hasta el mismo suelo e insistió en la pregunta:

—Doncellitas, doncellitas, ¿tenéis frío? ¿Tenéis frío, hermosas?

Sintieron tal ira las hijas de la vieja que ni siquiera se dignaron contestarle, y entonces el rey sintió también enojo y aventóles de tal modo que las jóvenes quedaron yertas en la misma actitud violenta que tenían, y aun todavía el Rey del Frío esparció sobre ellas gran cantidad de escarcha, alejándose por fin del bosque, saltando de un abeto a otro y haciendo gemir las ramas de los árboles bajo su agudo soplo...

Al día siguiente dijo la mujer a su esposo:

—¡Anda, hombre! Engancha de una vez el trineo, pon gran cantidad de heno y lleva contigo la mejor manta, pues con seguridad que mis hijitas tendrán mucho frío. ¿No ves el tiempo que está haciendo? ¡Anda! ¡Vé de prisa!

El anciano hizo todo lo que le decía su mujer y marchó en busca de las hijas. Al llegar al sitio del bosque donde quedaron las doncellas levantó las manos al cielo con gesto desesperado y lleno de estupor; sus dos hijas estaban muertas, sentadas al pie del altísimo pino. Fué preciso levantarlas para depositarlas en el trineo y dirigirse a casa.

Entre tanto la vieja preparaba una comida suculenta para regalar a sus hijas; pero el perrillo ladró esta vez de nuevo bajo el banco de este modo:

—¡Guau! ¡Guau! Viene el viejo, pero sólo trae los huesecitos de tus hijas.

La mujer, encolerizada, le tiró un leño.

—¡Mientes, maldito! El viejo viene con nuestras hijas y traen además el trineo cargado de tesoros.

Por fin llegó el anciano, y salió la esposa a recibirle; pero quedó como petrificada: sus dos hijas venían yertas tendidas sobre el trineo.

—¿Qué hiciste, viejo idiota? — le dijo —. ¿Qué hiciste con mis hijas, con nuestras niñas adoradas? ¿Es que quieres que te golpee con el hurgón?

—¡Qué quieres que le hagamos, mujer! — contestó el viejo con desesperado acento —. Todos hemos tenido la culpa: ellas, las infelices, por haber sentido envidia y deseo de riquezas; tú, por no haberlas disuadido, y yo he pecado siempre dejándote hacer cuanto te vino en gana. Ahora ya no tiene remedio.

Desesperóse y lloró la mujer con lágrimas de amargura y se rebeló contra el marido; pero el tiempo mitigó penas y rencores y al final hicieron las paces. Y desde entonces fué menos despiadada con Marfutka, la que, pasado algún tiempo, se casó con un buen mozo, bailando los dos ancianos el día del desposorio.



Al fin sintióse llegar el trineo

La mayor de las cual es era hijastra...

EL ADMIRABLE BISOJO

I

Rosendo Bisojo hubiera llegado a ser el más grande jugador de "football" de no haberle dotado la naturaleza de aquel defecto que contrarrestaba sus admirables condiciones pora el deporte. Rosendo Bisojo, sin duda para hacer honor a su apellido, era bizco. Sus ojos extraviados, con las partes negras pegadas a la nariz, formaban en el espacio una equis, dos líneas cruzadas que tenían siempre como final dos objetos iguales... Aquel hombre veía todo duplicado. No ignoraba Rosendo que de las dos percepciones visuales una de ellas era real, verdadera, y que la otra no tenía existencia, sino gracias a su defecto; pero lo que sí ofrecía serias dificultades era la diferenciación entre los objetos, el distinguir cuál de ellos existía y cuál no.

A cambio de este defecto, Rosendo Bisojo poseía admirables condiciones para el "football". Era de elevada estatura, fornido, ágil en extremo y dotado de una técnica insuperable del deporte.

II

Tener una buena tarde llamaba Bisojo a elegir de las dos percepciones visuales la percepción correspondiente al objeto real, verdadero, y lograr el triunfo. Una mala tarde era, por el contrario, el error en la elección de imágenes y el estar jugando, durante todo el partido con un balón que no existía sino para sus ojos extraviados. Rosendo Bisojo había tenido muchas tardes malas durante su carrera deportiva. Se daba cuenta de ello cuando terminado el partido, que él creía ganado gracias a su intervención, advertía que el equipo suyo era el derrotado.

—¡Pero si yo, yo solo, he metido cinco goals!... Si no es posible...

Hasta que, reflexionando, daba con la triste verdad.

—Como si lo viera: esta tarde me la he pasado jugando en falso, con el balón que no existe...

III

La presencia de Rosendo Bisojo en el campo, fué acogida con una entusiasta ovación. El partido de aquella tarde había despertado gran interés entre los amantes del deporte, y en la persona de Bisojo habíanse fundado las más gratas esperanzas. Bisojo era el único que, por sus maravillosas condiciones, podía competir con los jugadores del equipo extranjero, con aquellos jugadores rubios o calvos que, de tan fornidos y de tan blancos, semejaban estatuas vestidas con calzoncillos y camisetas.

Si Bisojo tenía suerte en la elección de objetos y jugaba con el balón existente, el triunfo nacional era seguro.

Pero no fué así. Desde el primer momento, Rosendo Bisojo equivocó todo; porterías, balones y hombres, y, entre la rabia de los espectadores y el asombro del equipo extranjero—que no lograba adivinar el propósito de aquel indivi-duo que parecía atacado de súbita locura—se pasó la tarde jugando en un mundo imaginario, con unos hombres que no había con un balón inexistente que penetraba en las redes de las porterías irreales...

Bisojo, no advirtiendo su error consideraba ya ganado el partido cuando un delantero del equipo contrario, un hombre terrible, de elevada estatura y de cuerpo musculoso, se adueñó del balón. Era aquel el más temible de los jugadores enemigos.

Y Rosendo Bisojo, con la rapidez de su cerebro admirable, comprendió en un instante que el triunfo dependía de vencer a aque lhombre, y, con furia increíble, con valor temerario, se lanzó al espacio para caer sobre el otro y deshacerlo con el golpe...

Aquella fué la última jugada de Rosendo Bisojo. Una vez más, sus ojos extraviados le habían engañado, y su cuerpo, falto del obstáculo que esperaba, fué a caer trágicamente sobre el verdoso suelo del campo de "football".

El extranjero temible se hallaba a quince pasos del sitio en que cayó aquel admirable deportista que tenía como único defecto el de ser bizco...

J. SANTUGINI PARADA.

DE TODO UN POCO

En el estómago de un cocodrilo, cazado por mister Wells, de Merguan (India), se ha encontrado una serpiente de tres metros de largo, dos pipas, unos trozos de botellas de aguardiente y unos pantalones.

En Val de Loire, pueblo francés de 2000 habitantes, había 400 bomberos. El secreto de esta abundancia era que los que prestan este servicio están exentos del servicio militar y por lo tanto las autoridades centrales han apercibido al alcalde y le han obligado a reducir a 25 el número de bomberos.

Manifestación Imponente

El proletariado había realizado manifestaciones contra una porción de cosas: contra las retiros para obreros, las cuestiones de límites, las huelgas, la guerra, los consumos, la vida cara, los alquileres, la policía, los agentes provocadores, etc. Ya no había contra quien hacer manifestaciones, y estaba bastante aburrido.

¿Habría de sumergir su actividad en una postración deshonrosa?

Urgía encontrar, a todo trance, cualquier cosa que pudiera servir de cabeza de turco para nuevas protestas. Pero ¿cuál sería esa cosa?

Por entonces hacía bastante calor, y como esa prolongación del verano concluía por hacerse intolerable, el ciudadano Labretelle, delegado de la C. P. M. B. T. A. L., tuvo una idea muy oportuna.

Propuso organizar una gran manifestación contra el calor.

Este calor enemigo, que repartía sin piedad el sudor del proletario, merecía bien que se le abrumara bajo las más violentas injurias y que se le pusiera enfrente de la bandera roja.

El C. C. A. R. (Comité Central de la Agitación Revolucionaria) adoptó con entusiasmo la idea del ciudadano Labretelle, y la manifestación fué votada por unanimidad en la sesión memorable del 20 de septiembre.

Se nombró un subcomité para elaborar el plan grandioso: había que preparar una jornada histórica como no se había visto desde el juramento del juego de pelota.

1o. El 18 de octubre, a las 8 de la mañana concentración general de las masas proletarias; aperitivo, discursos y vociferaciones preliminares.

2o. Cortejo monstruo de 100.000 personas cantando la Internacional y la Carmañola, bajo los pliegues de 1500 banderas rojas desplegadas.

3o. Dicterios contra la policía, el ejército, la magistratura, los patrones de todas clases, la burguesía y el calor.

4o. Destrucción de los quioscos, reverberos y estatuas que adornan la vía pública.

5o. Pelea a ladrillazos y a tiros de revólver, para lo cual todo manifestante deberá llevar las herramientas necesarias.

6o. Asalto a las tiendas y almacenes.

7o. Incendio de los ómnibus y tranvías, de los ministerios, cuarteles, museos y teatros, asalto y demolición de las prisiones.

8o. Aparte de esto se recomienda a los manifestantes que observen la calma y la dignidad que incumben a todo ciudadano consciente de su fuerza y de su buen derecho; evitar sobre todo responder a las provocaciones de la soldadesca, a fin de conservar a nuestra manifestación el carácter imponente que debe revestir por el triunfo de la causa revolucionaria.

Ese programa seductor fué llevado a conocimiento de los camaradas por vía de carteles, prospectos y comunicados. Y cada cual se preparó a la lucha. Se aguzaron los cuchillos, se engrasó el revólver, se movilizaron los explosivos, se hizo acopio de municiones. Todas las mujeres del partido fueron ocupadas de la mañana a la noche en cargar cartuchos. En suma, una fiebre de actividad galvanizó a las tribus reivindicadoras, desde Vincennes a Puteaux y de Grenelle a Menilmontant.

El calor persistía siempre en oprimir al pobre pueblo. Pero a la altura en que se hallan las cosas, esto es más bien conveniente. Hay veces en que las ventajas podrían ser inoportunas.

Sin embargo, hacia el 15 hubo síntomas algo alarmantes. Probablemente el sol se escamó y en presencia de aquel tremendo movimiento de opinión, creyó prudente retroceder. Lo hizo así con más rapidez de lo que hubiera podido esperarse; el termómetro bajó bruscamente casi 20 grados y las gentes empezaron a tiritar de frío.

El 17 de octubre víspera de la manifestación, estuvo nevando todo el día, y este brusco cambio, que no figuraba en el programa, desconcertó un poco al ciudadano Labretelle y a sus colegas.

—¿Cómo protestar seriamente contra el calor cuando se pisa barro helado, se tiene la nariz enrojecida y se siente la necesidad de darse unas pataditas en el suelo para acelerar un poco la circulación.

El comité organizador deliberó, no sin inquietud y perplejidades. ¡Estaba ya todo tan bien dispuesto! ¿Sería preciso volverse atrás?

—¡Eso nunca! — gritó el ciudadano Labretelle.

Y con otra iniciativa audaz, supo salvar la situación.

—¡La manifestación monstruo debe tener lugar de todas maneras! — declaró con autoridad. Solamente que en vez de hacerla contra el calor, la haremos contra el frío, ¡ese enemigo mortal del pueblo!

Estalló una ovación piramidal. Y al día siguiente hubo en París 444 arrestos, 666 heridos, 32 explosiones, 6.548 disparos de revólver, 14 incendios y 375.000 francos de destrozos. En una palabra, un éxito magnífico, del que se podía estar ufano y orgulloso.

Los compañeros de Labretelle, entusiasmados, le costearon una especie de condecoración.

Roberto de FRANCHEVILLE

MARCO Y BASILIO

DOS CUENTOS


Al pasar por el convento, se detuvo en él...

En cierto país vivía un comerciante llamado Marco, al que pusieron el apodo de "el Rico" porque poseía una fabulosa fortuna. A pesar de sus riquezas, era un hombre avaro y sin caridad para los pobres, a los que no quería ver ni aun en los alrededores de su casa; apenas alguno se acercaba a su puerta, ordenaba a sus servidores que le echasen fuera y le persiguiesen con los perros.

Un día, ya al anochecer, entraron en su casa dos ancianos de cabellos blanquísimos y le pidieron refugio.

—¡Por Dios, Marco "el Rico", danos alojamiento para no tener que pasar la noche a campo raso!

Le suplicaron tanto y con tanta insistencia que Marco, sólo para que no le molestasen más, dió orden de que los dejasen dormir en el cobertizo del corral, donde también dormía una mujer pariente suya y gravemente enferma.

A la mañana siguiente vió que ésta, perfectamente buena y sana, le saludaba dándole los buenos días.

—¿Qué te ha pasado? ¿Cómo has recobrado la salud? — le preguntó.

—¡Oh Marco "el Rico" — exclamó la mujer —. Yo misma lo ignoro. He visto, no sé si en sueños o en realidad, que han pasado la noche en mi choza dos viejos con cabellos blancos como la nieve; a eso de la media noche alguien llamó y dijo: "En la aldea vecina, en casa de un pobre campesino, acaba de nacer un niño. Qué nombre queréis darle y qué dote le concedéis?" Y los ancianos contestaron: "Le damos el nombre de Basilio, el apodo de "Desgraciado", y le dotamos con todas las riquezas de Marco "el Rico", en casa del cual pasamos ahora la noche".

— Y nada más? — preguntó Marco.

—Para mí fué bastante lo que obtuve, porque apenas desperté me levanté sana y fuerte como antes.

—Bien — dijo el comerciante —; pero los tesoros de Marco no logrará poseerlos el hijo de un pobre campesino; serían demasiado para él.

Púsose a meditar Marco "el Rico" y quiso ante todo asegurarse de si era verdad que había nacido Basilio "el Desgraciado". Mandó enganchar el coche, se fué a la aldea, y dirigiéndose a casa del "pope", le preguntó:

—¿Es verdad que ayer nació aquí un niño?

—Sí, es verdad — le contestó el "pope" —; nació en casa del más pobre campesino de estos lugares; yo le puse el nombre de Basilio y el apodo de "Desgraciado"; pero aun no ha podido bautizársele, porque nadie quiere ser su padrino.

Entonces Marco se ofreció como padrino, rogó a la mujer del "pope" que fuese la madrina y mandó preparar una abundante comida. Trajeron al niño, le bautizaron y después tuvieron fiesta hasta la noche.

Al día siguiente Marco "el Rico" llamó al pobre campesino, le trató con gran afabilidad y le dijo:

—Oye, compadre, tú eres un hombre pobre y no podrás educar a tu hijo; cédemelo a mí, que le haré un hombre honrado, aseguraré su porvenir y te daré a ti mil rublos para que no padezcas miseria.

El padre reflexionó un poco; pero al fin consintió, pues creía hacer la felicidad de su hijo. Marco tomó al niño, le tapó bien con su capote forrado de pieles de zorro, le puso en el coche y se marchó.

Después de haber corrido unas cuantas leguas, el comerciante hizo parar el coche, entregó el niño a su criado y le ordenó:

—Cógele por los pies y tírale al barranco.

El criado cogió al niño e hizo lo que su amo le mandaba. Marco, riéndose, dijo:

—Ahí, en el fondo del barranco, podrás poseer todos mis bienes.

Tres días después, y por el mismo camino por donde había pasado Marco, pasaron unos comerciantes que llevaban a Marco "el Rico" doce mil rublos que le debían; al aproximarse al barranco oyeron el llanto de un niño; se pararon y escucharon un rato y mandaron a uno de sus dependientes que se enterase de la causa de aquello. El empleado bajó al fondo del barranco y vió que había una pequeña pradera verde en la cual estaba sentado un niño jugando con las flores; volviendo atrás, contó lo que había visto a su amo y éste bajó en persona apresuradamente para verlo. Luego cogió al niño, le arropó cuidadosamente, le colocó en el trineo y todos se pusieron de nuevo en camino.

Llegados a casa de Marco "el Rico", éste preguntó a los comerciantes dónde habían encontrado al niño. Le contaron lo ocurrido y Marco comprendió en seguida que el niño era su ahijado Basilio "el Desgraciado".

Convidó a los comerciantes con manjares delicados y gran abundancia de vinos generosos, terminando por rogarles que le dieran al niño encontrado. Rehusaron los comerciantes un buen rato; pero al decirles Marco que les perdonaba todas las deudas, le entregaron el niño sin vacilar más.

Pasó un día, luego otro, y al fin del tercero tomó Marco a Basilio "el Desgraciado", le puso en un tonel que tapó y embreó cuidadosamente y le echó desde el embarcadero al agua. El tonel flotó durante mucho tiempo por el mar, y por fin llegó a una orilla en donde se elevaba un convento. En aquel momento salía un monje a coger agua, y oyendo un llanto infantil que partía del tonel salió en una barca pescó el tonel, le destapó, y al ver en el interior un niño sentado le cogió en sus brazos y se lo llevó al convento. El abad creyendo que no estaría bautizado, le puso "Desgraciado"; desde entonces Basilio "el al niño el nombre de Basilio y el apodo de Desgraciado" vivió en el convento, y así transcurrieron diez y ocho años, en los cuales aprendió a leer, a escribir y a cantar en el coro de la capilla. El abad tomó gran cariño a Basilio y le utilizaba como sacristán en el servicio de la iglesia del convento.

Un día Marco "el Rico" se dirigía a otro país para cobrar sus deudas, y al pasar por el convento se detuvo en él. Se fijó en el joven sacristán y empezó a preguntar a los monjes de dónde había venido y cuánto tiempo hacía que estaba en el convento. El abad le contó todo lo que recordaba acerca del hallazgo de Basilio. Que hacía diez y ocho años un tonel que venía flotando por el mar se había acercado a la orilla no lejos del convento y que en el tonel había un niño, al que él había puesto el nombre de Basilio.

Marco, después de haber oído esto, comprendió que el sacristán era su ahijado. Entonces dijo al abad:

—Si yo hubiese dipuesto de un hombre tan listo como parece vuestro sacristán, le habría nombrado mi ayudante principal en los negocios de mi casa. ¡Cedédmelo!

El abad se negó al principio; pero Marco "el Rico", a pesar de su avaricia ofreció una donación de veinticinco mil rublos para el convento a cambio de Basilio; el abad, después de haber pedido consejo a los demás frailes, decidió, con la aprobación de todos, aceptar la donación y dejar marchar a Basilio "el Desgraciado".

Marco envió al joven a su casa con una carta cerrada que decía: "Mujer: En cuanto recibas esta carta vé con el dador a nuestra fábrica de jabón y ordena a los obreros que le echen en una de las calderas de aceite hirviendo; cuida de no faltar en cumplir lo que te digo, porque se trata de mi más temible enemigo."

Se puso en marcha Basilio "el Desgraciado" sin sospechar la suerte que le esperaba, y en el camino tropezó con un viejo de cabellos blancos como la nieve, que le preguntó:

—¿Adónde vas, Basilio "el Desgraciado"?

—Voy a casa de Marco "el Rico", donde me envía su dueño con una carta para su mujer.

—Déjame ver la carta.

Basilio le entregó la carta y el viejo rompió el sello y se la mostró, diciendo:

—¡Toma, léela!

Basilio la leyó y comenzó a llorar, diciendo:

—¿Qué le he hecho yo a ese hombre para que me condene a muerta tan cruel?

—No te entristezcas ni temas nada — le dijo el anciano para tranquilizarle. — Dios no te abandonará.

Y soplando sobre la carta, se la devolvió con el sello intacto, como si no la hubiese abierto.

—Ahora, vete con Dios y entrega la carta de Marco "el Rico" a su mujer.

Basilio "el Desgraciado" llegó a la casa del comerciante, preguntó por el ama y le entregó la carta. La mujer la leyó, llamó a su hija y le enseñó la carta, que decía: "Mujer: En cuanto recibas esta carta, prepara todo para casar al día siguiente a Anastasia con el dador de ésta; y cuida de no faltar en cumplir lo que te dige, porque tal es mi voluntad."

Los ricos, como de todo tienen en su casa en abundancia, organizan rápidamente fiestas cuando les parece; así que inmediatamente vistieron a Basilio con un riquísimo vestido y le presentaron a Anastasia, que se enamoró en seguida de él; al día siguiente fueron a la iglesia, se casaron y celebraron la boda con un gran banquete.

Después de transcurrido algún tiempo, una mañana avisaron a la mujer de Marco "el Rico" que llegaba su marido, y ella salió acompañada de su hija y su yerno al embarcadero para recibirle. Marco, al ver vivo a Basilio "el Desgraciado" y casado con su hija, se enfureció y dijo a su mujer:

—¿Cómo te has atrevido a casar a nuestra hija con este hombre?

—No he hecho más que obedecer las órdenes que me diste — contestó la mujer, enseñándole la carta.

Marco se aseguró de que estaba escrita por su propia mano, calló y no dijo más.

Pasaron así tres meses, y el comerciante llamó a su yerno y le dijo:

—Tienes que ir allá lejos, muy lejos, a mil leguas de aquí, donde vive el Rey Serpiente, a cobrarle la renta que me debe por doce años, y entérate de camino qué suerte tuvieron doce navíos míos que hace ya tres años que han desaparecido; mañana mismo al amanecer te pondrás en camino.

Al día siguiente, muy temprano, se levantó Basilio "el Desgraciado", rezó a Dios, se despidió de su mujer, cogió un saquito con pan tostado y se puso en camino. Llevaba andando bastante, cuando, al pasar junto a un frondoso roble, oyó una voz que le decía:

—¿Adónde vas, Basilio "el Desgraciado"?

Miró a su alrededor, y no viendo a nadie preguntó:

—¿Quién me llama?

—Soy yo, el Roble, quien te pregunta.

—Voy al reino del Rey Serpiente para reclamarle la renta de doce años.

Entonces el Roble contestó:

—Cuando llegues allí acuérdate de mí, que estoy aquí hace ya trescientos años y quisiera saber cuántos tendré aún que permanecer en este sitio. No te olvides de enterarte.

Basilio le escuchó con atención y continuó su camino. Más allá encontró un río muy ancho, se sentó en la barca para pasar a la otra orilla y el barquero le preguntó:

—¿Adónde vas?

—Voy al reino del Rey Serpiente para reclamarle la renta de doce años.

—Cuando llegues allá acuérdate de mí, que estoy pasando a la gente de una orilla a otra hace ya treinta años y quisiera saber durante cuánto tiempo tendré aún que seguir haciendo lo mismo. No te olvides de enterarte.

—Bien — dijo Basilio, y siguió su camino.

Anduvo unos cuantos días y llegó a orilla del mar, sobre el cual estaba tendida una ballena de tal tamaño que llegaba a la orilla opuesta; su espalda servía de puente a los caminantes y los carros. Apenas la pisó Basilio la Ballena exclamó:

—¿Adónde vas, Basilio el "Desgraciado"?

—Voy al reino del Rey Serpiente a reclamarle la renta de doce años.

—Pues procura acordarte de mí, que estoy aquí tendida sobre el mar y pasando sobre mis espaldas caminantes y carros que destrozan mis carnes hasta llegar a mis huesos; entérate cuánto tiempo tendré aún que seguir sirviendo de puente a la gente.

—Bien, no lo olvidaré — contestó Basilio, y siguió más adelante.

Después de caminar mucho tiempo se encontró en una extensa pradera en medio de la cual se elevaba un gran palacio. Basilio el "Desgraciado" subió por la ancha escalera de mármol y penetró en el palacio. Atravesó muchas habitaciones, cada una más lujosa que la anterior, y en la última encontró, sentada sobre su lecho, una bellísima joven que lloraba con desconsuelo. Al percibir al desconocido se levantó y, acercándose a él, le dijo:

—¿Quién eres y qué valor es el tuyo que te has atrevido a entrar en este reino maldito?

—Soy Basilio el "Desgraciado" y me ha enviado aquí Marco el "Rico" en busca del Rey Serpiente para reclamarle la renta de doce años.

—¡Oh Basilio el "Desgraciado! No te han enviado para cobrar la contribución sino para ser comido por el Rey Serpiente. Cuéntame ahora por dónde has venido. ¿No te ocurrió nada mientras caminabas? ¿Viste u oíste algo?

Basilio le contó lo del roble, lo del barquero y lo de la ballena. Apenas había terminado de hablar cuando se oyó un gran ruido como producido por un torbellino de viento; la tierra empezó a temblar y el palacio se bamboleó. La hermosa joven escondió a Basilio debajo de su lecho y le dijo:

—Estate ahí sin moverte y escucha lo que diga el Rey Serpiente.

El Rey Serpiente entró volando en la habitación, husmeó el aire y preguntó:

—¿Por qué huele aquí a carne humana?

—¿Cómo habría podido penetrar aquí un ser humano? — contestó la hermosa joven. Por fuerza has volado muy cerca de la tierra y te has empapado de olor humano.

—¡Oh, qué cansadísimo estoy! ¡Ráscame la cabeza! — dijo el Rey Serpiente, extendiéndose en el lecho.

La joven se puso a rascarle la cabeza y mientras le dijo:

—Mi señor, ¡si supieras qué sueño he tenido en tu ausencia! He soñado que caminaba por una carretera y, de repente, oí gritar a un viejo Roble: "Pregunta al Rey Serpiente cuánto tiempo me queda de estar aquí".

—Pues se quedará allí — contestó el Rey Serpiente — hasta que llegue un hombre valiente que le dé un golpe con el pie en dirección de Levante; entonces se romperán sus raíces, el roble caerá al suelo y bajo él se encontrará más cantidad de oro y plata que la que posee Marco "el Rico".

—Luego he soñado — siguió la joven— que me había acercado a un río ancho y grande; había una barca para pasar de una orilla a otra y el barquero me preguntó: "¿Por cuánto tiempo tendré que continuar en esta ocupación de pasar a la gente de una orilla a otra?"

—Pues no mucho tiempo. Bastará que cuando se siente un viajero en la barca le entregue los remos y la empuje desde la orilla; así quedará él libre y el pasajero a quien le suceda esto se quedará, en cambio, de eterno barquero.

—Luego soñé que estaba pasando por el lomo de una enorme ballena tendida en el mar de una orilla a otra, que se quejaba de su desgracia y me preguntaba: "¿Por cuánto tiempo tendré que seguir sirviendo de puente a todo el mundo?"

—¡Oh! Esa permanecerá así hasta que eche de sus entrañas los doce navíos de Marco "el Rico", y apenas lo haga se sumergirá en el agua y sus huesos se cubrirán de carne — respondió el Rey Serpiente; y se durmió profundamente.

La hermosa joven, dejando salir a Basilio "el Desgraciado", le aconsejó:

—Lo que has oído decir al Rey Serpiente no se lo digas ni a la ballena ni al barquero hasta después de atravesar el mar y el río; sólo cuando hayas pasado a la otra orilla del mar darás la contestación a la Ballena, y después de cruzar el río podrás contestar al barquero.

Basilio el "Desgraciado" dió las gracias a la joven y tomó el camino de su casa. Después de andar un buen rato llegó a la orilla del mar y en seguida la Ballena le preguntó:

—¿Qué respuesta me traes? ¿Has hablado de mi asunto con el Rey Serpiente?

—Sí, he hablado; pero la respuesta te la diré cuando haya pasado a la otra orilla.

Y cuando se encontró en la otra orilla le dijo:

—Echa de tus entrañas los doce navíos de Marco el "Rico".

La Ballena vomitó los doce navíos, que salieron navegando con sus velas desplegadas, y las olas se precipitaron a la orilla con tal fuerza que aunque Basilio se había alejado ya bastante se encontró con el agua hasta las rodillas. Cuando llegó al río, le preguntó el barquero:

—¿Has preguntado al Rey Serpiente lo que te rogué?

—Sí, le he preguntado; pero llévame antes a la otra orilla y allí te diré la respuesta.

Basilio, una vez que hubo atravesado el río, le dijo al barquero:

—Al primero que te pida que le pases a la otra orilla opuesta hazle entrar en tu sitio y empuja la barca hacia el agua.

Al fin, llegado delante del viejo roble le dió una patada con gran fuerza en dirección de Levante; el árbol cayó y debajo de sus raíces descubrió una cantidad enorme de oro, plata y piedras preciosas. Basilio miró atrás y vió navegar con rumbo a la orilla los doce navíos que había vomitado hacía poco la ballena. Los marineros cargaron todas las riquezas en los navíos, y cuando acabaron se dieron a la vela, llevando a bordo a Basilio el "Desgraciado.

Cuando avisaron a Marco el "Rico" que estaba llegando su yerno con los doce navíos y llevando consigo las incalculables riquezas que le había regalado el Rey Serpiente se enfureció y ordenó enganchar un carruaje para dirigirse al reino del Rey Serpiente y pedirle consejo acerca del modo de deshacerse de su yerno. Llegó al río, se sentó en la barca, el barquero empujó a ésta desde la orilla y Marco el "Rico" se quedó allí toda la vida condenado a pasar la gente de una orilla a otra.

Entre tanto, Basilio el "Desgraciado" llegó a su casa y vivió siempre en la mejor armonía con su mujer y su suegra, aumentando sus tesoros y ayudando a los pobres y a los humides.

Así se cumplió la profecía de que heredaría todos los bienes de Marco el "Rico".


...y lo persiguiesen con los perros

Esta semana resultaron premiadas las siguientes descripciones

"EL CAMPESINO", por Adela Bernasconi, 13 años.
"EL INMIGRANTE", por Margarita Nigro, 13 años.
"LA COSECHA", por Eliezer Marcone, 12 años.
"EL REGRESO AL HOGAR", por Nélida J. Lainati, 12 años.

LA COSECHA

En las vacaciones últimas fuí a pasar unos días a la granja de un pariente, en el norte de la provincia de Buenos Aires, cerca del Paraná, donde el terreno por su proximidad a las pintorescas barrancas, tiene sinuosidades, zanjas y declives que llevan los desagües a aquel gran río.

Frente a la estación Sánchez había un gran monte de eucaliptus que han sido cortados para fines industriales; desgraciadamente el interés de un minuto ha malogrado la utilidad, el beneficio de un monte que, según me contaron, tiene más de 40 años.

Como para que no se les olvide a los que pasan por allí, han dejado algunos árboles diseminados y en los trechos libres el arado trazó los surcos, en la que la siembra oportuna germinó por la fuerza de nuestro suelo.

Eran los primeros días del verano; la máquina segadora había cortado y dejado a trechos haces de trigo que luego los peones juntaban, haciendo de dos o tres de ellos uno mayor.

Pequeños montículos de la dorada espiga quedaron a secar hasta que el colono en su chatita los recogía y cerca de las casas hizo las parvas.

Es la puesta del sol, allá en el bajo, cerca de la barranca hay una ranchada y en ella la mujer y los hijos del colono lo esperan de su último viaje de ese día.

Por entre los árboles, donde cantan los pajaritos, abriendo huella y tarareando una canción nativa el colono va acercándose.

Las palomitas de la isla van en busca de sus nidos y el sol se pone para dar una tregua al trabajo de los que nos preparan la materia prima del pan de cada día.

Eliezer Marcone
13 años

EL INMIGRANTE

Todos los años, al llegar el verano nuestros campos toman el aspecto de esa lámina, y claramente fluye a nuestra vista esta convicción: es la época de la recolección de la cosecha.

Después de muchos esfuerzos, ese labrador que tal vez vino a nuestro país como inmigrante, se dirigió a la campaña y construyó su casita. Después, sembró una corta extensión de terreno para cerciorarse de la fertilidad de nuestros campos, y como al año siguiente viera con entusiasmo el producto de su cosecha, comprendió que estas tierras eran un prodigio de la Naturaleza y sembró leguas y leguas.

Hoy lo vemos atareado en el acarreo de su cosecha. Aunque es un día sofocante trabaja de sol a sol, pero, después de unos años, ese hombre que llegó a nuestro país con la única riqueza de sus brazos para trabajar, se verá convertido en una persona de negocios y de provecho para nuestro país.

Margarita Nigro,
13 años.

EL CAMPESINO

Anochece: tras el horizonte una gran nube blanca oculta los últimos rayos del sol, y por el ancho camino, media oculta, se ve la modesta casita de don Goyo, el que regresa a ella con su pequeño carro cargado de trigo y tirado por sus dos mulas, las cuales lo mismo que su dueño están deseando llegar, para descansar de tan pesada tarea.

Después de trabajar todo el día vuelve a su casa, cansado, pero contento de encontrar en ella a su amantísima esposa, y a sus tiernos hijos, que lo mismo que él están deseosos de su llegada, para reunirse después de una modesta cena al amor de la lumbre y rogando que el día siguiente amanezca con sol, para así poder seguir su trabajo, que aun no está del todo terminado.

Adela Bernasconi
13 años

EL REGRESO AL HOGAR

Cansado ya de trabajar con la horquilla, Don Miguel se encamina hacia su casa. Estaba en la mitad del camino cuando una negra nube apareció en el cielo amenazando tormenta y Don Miguel, conducido por sus dos fieles mulas, que ya saben el camino, dirige su carro cargado de pasto, del cual mañana hará una nueva parva que utilizará el próximo invierno para alimentar el ganado que le ayuda en sus faenas agrícolas.

Su mujer y sus dos hijos se hallan con temor de que lo sorprenda la lluvia, cuando de pronto el menor ve a lo lejos un carro que avanza y corre a decírselo a su mamá, que recibe la noticia con júbilo y permite que ambos niños saltando de alegría salgan a recibir a su querido papá.

Nélida J. Lainati
13 años

:: EL UNICO CHELIN ::



¿Podré olvidar aquella comida?

Acababa de descubrir un chelín en un bolsillo de mi chaleco.

Era la única moneda de que era poseedor en aquel momento.

Con la calma, hija de mi desesperación, me puse a examinar mi situación.

—Dentro de un minuto está aquí Clara (pues es tan puntual como hermosa), luego a cenar en un restaurant, y después al teatro.

Y lo único que llevaba encima era aquel bendito chelín, una tarjeta de visita en mi cartera, un anillo y una carta de Sir John Kenmay, pidiéndome que fuera a pasar unos días a sus posesiones de Troutbridoy.

No tenía tiempo de vender mi anillo, único objeto de valor que tenía en mi persona. Clara nunca llevaba arriba de nueve a diez pensé en su cartera. Yo no conocía a nadie que me pudiera prestar una libra o dos. Confesárselo a Clara, ni que pensarlo.

Y, sin embargo, algo había que hacer; pero, ¿qué? Quizá por primera vez no fuera ella puntual. Yo huiría y...

—Querido Jack, cuanto me alegro al verte qué puntual has sido.

Era Clara, que me miraba con su dulce mirada y su sonrisa encantadora.

—Jack, no me parece que te ha agradado mucho verme — dijo de repente, mientras caminábamos.

No sé cómo pude disimular mi mal humor y poner buena cara para desechar tales sospechas.

—Y ahora, Jack, vamos a pasar muy linda noche. ¡Cuánto tiempo la he esperado! Primero quiero ir al restaurant del Nuevo Imperio, si no te parece muy extravagante mi idea.

—¿Y no te gustaría más ir al hotel de La Joya? (uno de los mozos es amigo mío). Está más cerca y no te cansarás tanto.

—No, Jack, — dijo ella decididamente. — No es más caro el del Nuevo Imperio y a mí me gusta variar. Hemos ido al de La Joya durante tres semanas. Cambiemos esta noche a no ser que tú "quieras" ir a éste.

Por supuesto, que le dije que no quería otra cosa que lo que ella dijese. ¿Qué le iba a decir?

—¿Tomamos un coche, querida? — pregunté.

—No, por cierto, — fué la respuesta de mi novia. — Caminaremos, Jack, tenemos tiempo de sobra.

Cuando llegamos ante las alumbradas vidrieras del restaurant, la esperanza desapareció de mi corazón; pero el chelín permaneció intacto en mi bolsillo.

¿Podré olvidar aquella comida? Me parecía que todo el salón sabía lo que me pasaba.

Comí como en un sueño, mientras Clara se extasiaba mirando las vajillas y gustando los manjares.

Al terminar, vino el patrón a preguntarnos si habíamos sido servidos a gusto. Yo le dije que nunca habíamos comido mejor. Hablé de sus vinos como buen conocedor; declaré su café incomparable y sus cigarros deliciosos.

El se inclinó. El momento había llegado.

—¿Tiene este hotel — le dije — algún salón de banquetes como para veinte personas?

—Lo tiene — me contestó. ¿Desearía verlo?

Yo me mostré muy interesado por conocerlo. Clara me excusó por unos instantes, y pasamos al salón de banquetes.

Una vez adentro le puse al corriente de mi situación. Le dí mi tarjeta y le dije que la plata se le mandaría a primera hora de la mañana. El miró la carta con mirada de sospecha y yo me creía perdido.

Pero, de repente, me acordé de la carta de Sir John Kenway y se la entregué.

—Y ahora ¿desconfía usted?

El papel marcado con la corona ducal, la dirección y el contenido de la carta acabaron de convencerle. Me saludó respetuosamente y me pidió disculpa por sus sospechas.

Mandaría la cuenta a mi dirección y asunto concluído.

Me dirigí hacia Clara con paso tranquilo.

—Paga la cuenta, Jack — dijo. He estado mirando los teatros en este diario y me gustaría ir a ver "La pordiosera" en este teatro. Supongo que podremos conseguir asientos puesto que no es esta la primera vez que lo dan.

Mi alegría desapareció al instante y el chelín se presentó a mi vista como un espíritu amenazador.

Le dije a Clara que ya había pagado al dueño: di al mozo seis peniques de mi chelín y nos dispusimos a salir.

El mismo dueño del hotel nos abrió la puerta y yo le eché una mirada de reconocimiento.

Un cochero nos esperaba a la puerta y al salir nos dirigió el sacramental: "¿Coche, señor?" Ya le iba yo a echar con cajas destempladas cuando Clara (oh, delicioso espíritu económico!) le rechazó su oferta.

Otra vez estaba yo salvado; pero todavía me esperaba algo más.

Cuando el ómnibus nos dejó a la puerta del teatro, la considerable suma de cuatro peniques era todo lo que me quedaba.

Yo dispuse todo de modo que, quedándose Clara en el vestíbulo, pudiera yo arreglarme con el boletero.

—Mira, Jack, no vayas a comprar entradas muy caras — dijo ella con ese estribillo que tanto me agradaba a mí otras veces.

Me sonreí y desaparecí por entre la gente.

Con el corazón en la boca tomé puesto delantero de la boletería. Cuando me llegaba el turno sentí que me tocaban el brazo y me volví.

—Hay muchos asientos, Jack — me dijo Clara. Acabo de preguntárselo a un acomodador.

Yo traté de sonreír y se conoce que lo hice bien, pues vi que Clara subía las escaleras de mármol con aire satisfecho.

—¿Tiene usted... dos... lunetas? — pregunté.

Empecé a tener esperanzas de que el acomodador se hubiera equivocado; pero no, había dicho la verdad. Había infinidad de asientos.

—¿Cuántas quiere, señor?

—Dos — gruñí.

Me alargó los boletos.

El terrible momento había llegado y acercándome a su oído, le dije presentándole el anillo:

—Fíese usted de mí hasta mañana, he dejado mi dinero en casa y mi prometida viene conmigo.

Esperé con terrible ansiedad.

—Lo siento mucho, señor; — fué su fatal respuesta — pero me es imposible. El sudor corría por mi frente, y con una elocuencia que no me había nunca conocido le supliqué que me ayudara.

—¡Ah! Si usted estuviera comprometido — murmuré — no le gustaría echar a perder la noche porque un hombre con el corazón de piedra se negara a fiarse de usted por unas horas. Sea usted bueno, sea caritativo!...

El discurso le conmovió. Miró el anillo y dijo:

—Pero yo no sé quién es usted.

¡Ah! y sin tarjetas, pues la única que poseía se la había entregado al dueño del hotel del Nuevo Imperio.

Pero, ¡oh! feliz idea. Otra vez saqué a relucir la carta de Sir John. En el sobre se leía mi dirección.

Por segunda vez, el papel marcado con la corona ducal surtió efecto. Me dió los boletos y yo subí las escaleras con pasos de gigante.

¡Cuánto me divertí en "La Pordiosera"! ¡Cómo me reí de las gracias de los cómicos, y cuánto aplaudí a los artistas !Me sentía como un general que saborea las delicias del hogar después de una ardua campaña.

Los programas eran gratis en aquel teatro, ¡oh, feliz costumbre! No había más que un entreacto, ¡oh, deliciosa idea! La niña que vendía chocolates se dirigió a mí; pero salvé el peligro diciendo que es malo tomar café o comer chocolate después de cenar.

Cuando se bajó el telón por última vez dí un suspiro de satisfacción.

Los peniques que me restaban bastarían para conducirnos en "ómnibus" a la estación de Choring Cross, y todo quedaría en paz.

—¡Oh, Jack, cuánto me he divertido! — me dijo Clara cuando salíamos del teatro.

Pero mi victoria no era aún completa, pues al poner el pie en la calle noté que estaba garuando.

—Jack, creo que sería mejor que me llevaras a la estación en un coche — dijo Clara después de un rápido examen del tiempo y las calles.

—Pero no le des al cochero más de un chelín.

Yo me reí con una risa amarga, irónica, sarcástica.

Había vencido en el restaurant, había ganado en el teatro, y ahora me tocaba mi Waterloo con un miserable cochero de "cab".

Toda maquinación era inútil a partir de aquel instante. Todas mis influencias habían desaparecido. No restaba más que una confesión humillante.

Un "cab" se acercó a nosotros; la vista se me nubló. Yo sabía que Clara no llevaba en su cartera más de tres peniques. Entre todo, sumaríamos siete. No había esperanza, y no había más remedio que confesárselo.

—Clara — dije humildemente. — Yo no puedo...

Pero, de repente, un incidente inesperado cortó mi frase comenzada.

El caballo había resbalado y pateaba en el suelo furiosamente.

Clara me tomó del brazo con un terror infantil.

—Oh, Jack, Jack — gritaba. — Oh, vámonos, ¡pobre caballo! ¡Ah!

Yo la saqué del coche y la metí en el vestíbulo del teatro, animado por este incidente que me daba esperanzas.

—Ya se ha levantado el caballo, Clara, ya está todo arreglado — murmuré. — Entra en el coche otra vez.

Como un jugador de "poker", cuyas cartas son de poco valor, intentaba un golpe seguro de la debilidad de mi adversario.

—¿Entrar al coche? — gritó Clara. — Ni por un mundo vuelvo yo a entrar en ese cab. No, Jack, tomaremos un "ómnibus" o caminaremos.

—Ah, querida — suspiré yo con el alma del agradecimiento. — Tomaremos otro y yo te conduciré como un amante que te adora, que te idolatra.

Clara me miró con una mirada de fija determinación y me dijo:

—Mira, Jack, si llamas a uno de esos monstruos te irás solo a tu casa; yo me iré en "ómnibus" y si no, a pie.

Después de lo cual no me restaba a mí que hacer más que mostrar una humilde sumisión.

Todavía me quedaron cuatro peniques en el bolsillo ,peniques que conservo y conservaré como recuerdo de aquella noche.

H. Wenthwosth James

EN EL ZOO DE LONDRES



En el Jardín Zoológico de Londres, los niños gozan por parte de las autoridades, de especialísimas consideraciones. He aquí un guardián—que en nuestras plazas sería terror del pequeño público—transportada en un diminuto cochecito tirado por una llama, a tres concurrentes al Parque, que lo visitan con la consiguiente algarabía

LA MUJER DE HIELO

(Leyenda Araucana)

Rígida, sin rumores, hiérguese la helada selva de "Mamuel Mapú" (País de los montes); cada árbol parece un colosal espectro, con los brazos en cruz, recibiendo impasiblemente la menuda lluvia de finísimos copos de nieve que van cubriendo la tierra como de una blanca mortaja.

En la eterna lucha del hombre con la naturaleza, ésta aparecía avasalladora e incontrastable durante aquella fría noche invernal.

Las hogueras de los cercanos toldos de Chilihué estaban apagadas y hasta los hambrientos perros de los indios habían enmudecido, guareciéndose bajo el techo de los aduares.

A la lívida e indecisa claridad de la atmósfera que en sus sutiles alas parecía esconder la muerte, penetró en el bosque sagrado una mujer, caminando con precaución bajo los grandes caldenes cargados de [illegible], por uno de los senderos que



brillaban como aljofarados de perlas y diamantes. Era Camené (ojos lindos), la flor más bellas de los jardines vorogamos, la dulce amiga de la soledad y del solemne misterio de las selvas.

No obstante lo intempestivo del lugar, del tiempo y de la hora, cantaba con voz dulcísima, que parecía un lamento de la brisa entre la fronda de los pehuenes (pinos), en una gentil noche de primavera, una hermosa canción araucana cuya copla era así:

Vey ñi amone yú huincá
Mamuel mapú, ayuvin mapú,
Pegelmen chi Quethré Huithrú
Cheu inché nientun rucá.

Que traducida en lengua castellana quiere decir:

Ya me voy con el cristiano
Al país de las arboledas
Tierra amada,
Volveré a ver arruinada
Cerca de Quethré Huithrú
¡Ay! mi casa!

A medida que avanzaba Comeñé, la nieve que en abundancia se iba depositando sobre las ramas de los árboles, caía en gruesas gotas sobre las ramas inferiores y al suelo, siendo éste el único rumor que turbaba aquella blanca, tranquila y muda inmensidad. Todo dormía el sueño universal, la inalterable paz de los sepulcros.

Comeñé era cristiana, habiendo abjurado de sus nativas creencias y odiando las costumbres de la barbarie, por amor a un cautivo con quien debía fugarse aquella noche hacia Carhué donde estaban las tropas del gobierno. Esa misma tarde el cautivo de ojos claros y dulces, de cabellera negra y lustrosa como ala de cuervo, pálido como la triste viajera de la noche, le había dicho: "Si de veras me amas, Comeñé, ven esta noche al bosque sagrado aunque haya nieve; robaré caballos a la tribu y huiremos al país de los cristianos; allá lejos serás mi mujer y viviremos felices." Y ella había ido sin miedo, llena de amor y de esperanza bajo aquel cielo inclemente, en aquella terrible noche en que parecían danzar a su alrededor los helados monstruos del misterio.

La virgen cuya extraña belleza adoraban los bárbaros más embrutecidos, caminó largo rato por los nevados senderos del bosque creyendo ver en cada recodo del camino, la silueta del bien amado. Sabía que un alto era mortal bajo aquella cruel temperatura, y por eso marchaba sin descanso sintiendo a veces que un sueño invencible le cerraba los ojos, que amenazadora torpeza, mensajera de la muerte, invadía su cuerpo. El suelo, que parecía cubierto de fuego, quemaba sus pies ensangrentando sus doradas carnes bajo la ardiente mordedura de aquel terrible invierno.

Mientras tanto, pasaba el tiempo y nadie venía al lugar de la cita; los senderos continuaban completamente solitarios perdiéndose a lo lejos entre las hileras de árboles altos y obscuros. Ella espiaba de cuando en cuando, hundiendo la mirada en las lejanas sombras, atenta a los menores ruidos, temblando ante la ilusión de ver al fin realizado su deseo. Pero ¡nada! Lo único que se oía era el lamentoso murmullo de la nieve y de las gotas de agua que caían de los árboles, pareciendo a veces al oído alucinado el eco de una voz distante o la vibración funeral de una campana.

Por fin la joven india lloró y largos cristales de nieve se detuvieron en sus pestañas heladas, presa de mortal desesperación, lloró con desconsuelo y después maldijo al cristiano que la engañaba.

"Anda — decía en su armoniosa lengua, — vive dichoso mientras yo muero por tí; por todas partes siento que la muerte me rodea. Pronto mi carne petrificada será tan dura como tu corazón. Cautivo ingrato, por qué me has engañado? "Achahuentrú", compadecido vengará mi muerte".

Y en verdad, un hálito de muerte soplaba en el bosque helado y yerto, sin luces, sin pájaros, sin ruido. Hubiérase dicho que la inmensa sábana de nieve, la selva silenciosa e inmóvil y las nubes del cielo, eran todo un sepulcro en cuyo interior se filtraba la nieve.

Comeñé se había detenido, cansada, vencida, moribunda, en medio de un sendero, bajo la fría y mortal caricia de la nieve. Dicen que la locura suele apoderarse de los cerebros ante la certeza de una muerte inminente. La virgen araucana volvió a cantar, ensayó los pasos de una grotesca danza de la tierra, llamó repetidas veces al cristiano tendiendo los brazos para recibirle y, por último, arrancándose los cabellos y desgarrando sus ropas quedó casi desnuda, expuesta a las mortales caricias de aquella terrible noche siberiana.

Comeñé, moribunda, cayó de rodillas, levantándose de nuevo en un supremo deseo de vivir, y allí quedó inmóvil con los brazos extendidos, creyendo sentir algo así como un crujido de pasos sobre la nieve, un batir de alas rozando las yertas ramas de los árboles. Era la muerte. La nieve siguió cayendo en menudos copos hasta el amanecer, y bien pronto el cuerpo de la india no fué más que un montón informe, un fantasma de hielo, perdido entre las sombrías bóvedas del bosque.

Al día siguiente, los indios que fueron a esos parajes para cortar leña, divisaron como flotando entre las brumas de la mañana, en medio del sendero, una forma extraña, una estatua de nieve endurecida en la cual se modelaban los contornos de una hermosa mujer.

A la entrada del bosque y en otra dirección se encontró también el cadáver ensangrentado de un cautivo de rostro pálido como la triste viajera de la noche, y negra cabellera lustrosa como ala de cuervo.

Los bárbaros habíanlo sorprendido en el momento de realizar la fuga sacrificándolo sin piedad.

Desde entonces el bosque sagrado de "Mamuel Mapú" entona a todas horas fúnebres canciones que parecen un lamento de ultratumba en honor de Comeñé y del cautivo.

Hermán Bauer.

DE TODO UN POCO

La Gran Bretaña tiene más comercio con Alemania que con ninguna otra nación.

Una señora de Londres ha encontrado a un hermano suyo, del cual no sabía nada desde hacía muchos años, por la letra del sobre de una circular que la envió un comerciante de tejidos. El desaparecido estaba de escribiente en aquel establecimiento.

Por espacio de dos siglos, hasta el año 1894, siempre que había función en el teatro Drury Lane, de Londres, iba un destacamento de soldados a hacer guardia. Esta costumbre databa de una vez que fué a dicho teatro el rey Jorge II y hubo un motín.

Un sastre de Niza ha conseguido atraer gente a su tienda poniendo en la puerta un hombre de rostro melancólico, y ofreciendo un traje nuevo al que consiguiera hacerle reir. Hasta ahora no ha salido ningún gracioso que gane el premio.

Los Metales, Como las Personas, Adquieren y Trasmiten Enfermedades Contagiosas

Los metales, como los organismos vivientes, se hallan expuestos a extrañas modificaciones que poco a poco los deterioran y los hacen inutilizables. Se ha llamado a estos cambios "enfermedades", en lo que hay sin duda gran impropiedad o una mala metáfora; pero como la frase ha hecho fortuna, no hay inconveniente en adoptarla.

Hace más de medio siglo, L. Erdmann, químico alemán, observó curiosas alteraciones moleculares en viejos tubos de órganos y los atribuyó a la acción persistente de las ondas sonoras. Hacia 1868 se ocupó del mismo fenómeno el profesor ruso Fritzsche, a quien un comerciante pidió informes sobre las causas de la destrucción progresiva de unos bloques de estaño depositados en la aduana. Deterioros análogos se habían observado en un stock de botones para uniformes, convertidos en una masa gris pulverulenta. Así los bloques como los botones se desmigajaban, llenándose de verrugas y gránulos fibrosos y desmoronándose al fin. Las temperaturas muy bajas favorecían esos cambios.

Ernesto Cohen, profesor de la universidad de Utrecht, acaba de publicar un detenido estudio acerca de estos fenómenos. Por el minucioso análisis de un bloque de estaño de unos 25 kilos de peso, comprobó, ante todo, la presencia de dos variedades muy netas de estaño, de composición química idéntica, pero de distinta naturaleza física.

Una de ellas, el estaño blanco, constituye el metal sano, utilizable prácticamente; la otra, el estaño gris, constituye las partes atacadas y los polvillos que la enfermedad ha desprendido del bloque. Mr. Cohen ha demostrado que la transformación del estaño blanco en gris puede efectuarse a toda temperatura inferior a 18 grados y que la adición de algunos "gérmenes" estañinos morbosos acelera la reacción, como las inoculaciones de virus en los organismos animales o vegetales.

Abandonando a sí mismo uno de esos objetos de estaño, de uso corriente, fabricado con la modificación blanca y que empieza ya a transformarse, se ve que la infección progresa, porque los corpúsculos de estaño gris sucesivamente formados aceleran la descomposición.

Con ayuda de gérmenes de estaño gris o de otro catalizador, por ejemplo, una disolución de cloroestannato de amonio al 10 por 100, Mr. Cohen logró transformar parcialmente en estaño gris un bloque de estaño blanco, mantenido a la temperatura de — 5 grados. La fotografía adjunta muestra las verrugas grises de que estaba sembrada su superficie al cabo de tres semanas.

El químico holandés ha dado a este fenómeno, bien conocido de los anticuarios y coleccionistas, el nombre de "peste del estaño". En nuestros grabados—medalla de Leyden del siglo XVII, cafetera antigua, etc., - - se ven ejemplos de esa peste.

El profesor Cohen ha observado cambios parecidos en otros metales, sobre todo en lámparas de latón laminado y en el plomo de las cámaras donde se prepara el ácido sulfúrico. Ahora estudia la patología del hierro.

Estas investigaciones abren horizontes nuevos a los ingenieros y a los químicos.

Pero, repetimos que no hay que tomar en el sentido literal las frases "enfermedades, peste o envenenamiento de los metales" a que se muestran muy aficionados los químicos rusos y que no son más que imágenes literarias, un tanto inadecuadas en materias científicas. Mientras no se haya demostrado, en serio, que los metales viven, ejercen funciones psicológicas por medio de órganos, gozan de salud, están sujetos a trastornos y por fin se mueren, como cualquier planta o animal, hablar de sus dolencias sería una broma pesada.



1 Inoculación de la enfermedad, en diversos puntos de una placa de hierro blanco. 2 Superficie de un bloque de estaño, después de 3 meses de enfermedad. 3 Anverso y revervo de una medalla de bronce del siglo XVII, atacada de la peste de estaño

CONOCIMIENTOS UTILES

Para que las moscas no acudan a la carne cruda, basta untarla con aceite de oliva.

Los callos y las verrugas se sacan a veces fácilmente, envolviéndolos durante varios días sucesivos en trozos de manzana.

El jugo de medio limón en una taza de café, sin azúcar ni leche, raras veces deja de curar un dolor de cabeza.

El sabor amargo de las verduras viejas se remedia cambiando el agua durante el proceso de cocción.

El jugo de medio limón tomado en una taza de agua caliente, de mañana, es un excelente regulador del hígado.

Para conservar limpios los guantes claros, frótese con finas migas de pan después de cada vez que se usen.

El aserrín caliente saca las manchas de grasa de las alfombras y el linoleum. Desparrámese sobre la mancha, déjese un largo rato y luego bárrase.



—Ha dicho que bailaría conmigo si la levaba unas rosas rojas — se lamentaba el joven estudiante —, pero no hay en todo mi jardín una sola rosa roja.

Desde su nido de la encina, oyóle el ruiseñor. Miró por entre las hojas asombrado.

—¡No hay una sola roja en todo mi jardín! — gritaba el estudiante.

Y sus bellos ojos se llenaban de lágrimas.

—¡Ah, de qué cosa más insignificante depende la felicidad! He leído todo cuanto han escrito los sabios; poseo todos los secretos de la filosofía y tengo que ver mi vida destrozada por falta de una rosa roja.

—He aquí por fin al verdadero enamorado — dijo el ruiseñor. — Le he cantado todas las noches, aun sin conocerle; todas las noches repito su historia a las estrellas, y ahora le veo. Su cabellera es obscura como la flor del jacinto y sus labios rojos como la rosa que desea; pero la pasión ha tornado su rostro pálido como el marfil y la pena le ha marcado en la frente con su sello.

—El príncipe da un baile mañana por la noche — murmuraba el joven estudiante —, y mi adorada asistirá a la fiesta. Si la llevo una rosa roja, bailará conmigo hasta el amanecer. Si la llevo una rosa roja, la tendré en mis brazos. Reclinará su cabeza sobre mi hombro y su mano estrechará la mía. Pero no hay rosas rojas en mi jardín. Por lo tanto, tendré que estar solo y no me hará caso ninguno. No se fijará en mí para nada y mi corazón se desgarrará.

—He aquí al verdadero enamoorado — dijo el ruiseñor —. Sufre todo lo que yo canto: todo lo que es alegría para mí, para él es pena. Realmente el amor es una cosa maravillosa: es más precioso que las esmeraldas y más caro que los finos ópalos. Perlas y granates no pueden pagarle porque no se halla expuesto en el mercado. No puede uno comprarlo al vendedor, ni pesarlo en una balanza para adquirirlo a peso de oro.

—Los músicos estarán en su estrado — decía el joven estudiante —. Tocarán sus instrumentos de cuerdas y mi adorada bailará a los sones del arpa y del violín. Bailará tan vaporosamente que su pie no tocará el suelo, y los cortesanos con sus alegres atavíos la rodearán solícitos; pero conmigo no bailará porque no tengo rosas rojas que darle.

Y dejándose caer sobre el césped, hundía su cara en sus manos y lloraba.

—¿Por qué llora? — preguntaba una lagartija verde correteando cerca de él con su cola levantada.

—Sí, ¿por qué? — decía una mariposa que revoloteaba persiguiendo un rayo de sol.

—Eso es, ¿por qué? — murmuró una margarita a su vecina, con una dulce vocecilla.

—Llora por una rosa roja.

—¿Por una rosa roja? ¡Qué ridiculez!

Y la lagartija, que era algo cínica, se echó a reír con todas sus ganas.

Pero el ruiseñor, que comprendía el secreto de la pena del estudiante, permaneció silencioso en la encina, reflexionando en el misterio del amor.

De pronto desplegó sus alas obscuras y emprendió el vuelo.

Pasó por el bosque como una sombra, y como una sombra atravesó el jardín. En el centro del parterre se levantaba un hermoso rosal, y al verle voló hacia él y se posó sobre una ramita.

—Dame una rosa roja — le gritó — y te cantaré mis canciones más dulces.

Pero el rosal sacudió su cabeza.

—Mis rosas son blancas — contestó—, blancas como la espuma del mar, más blancas que la nieve en la montaña. Pero ve en busca del hermano mío que crece alrededor del viejo reloj de sol y quizás él te dé lo que pides.

Entonces el ruiseñor voló al rosal que crecía en torno del viejo reloj de sol.

—Dame una rosa roja — le gritó — y te cantaré mis canciones más dulces.

Pero el rosal sacudió su cabeza.

—Mis rosas son amarillas — respondió—, tan amarillas como los cabellos de las sirenas que se sientan sobre un tronco de árbol, más amarillas que el narciso que florece en los prados, antes de que llegue el segador con su hoz. Pero ve en busca de mi hermano el que crece debajo de la ventana del estudiante y quizás él te dé lo que pides.

Entonces el ruiseñor voló al rosal que crecía debajo de la ventana del estudiante.

—Dame una rosa roja — le gritó — y te cantaré mis canciones más dulces.

Pero el arbusto sacudió su cabeza.

—Mis rosas son rojas — respondió —, tan rojas como las patas de las palomas, más rojas que los grandes abanicos de coral que el océano mece en sus abismos; pero el invierno ha helado mis venas, las heladas han marchitado mis botones, el huracán ha partido mis ramas, y no tendré ya rosas en todo este año.

—No necesito más que una rosa roja — gritó el ruiseñor—, una sola rosa roja. ¿No hay ningún medio para que yo la consiga?

—Hay un medio — respondió el rosal—; pero es tan terrible que no me atrevo a decírtelo.

—Dímelo — contestó el ruiseñor—. No soy asustadizo.

—Si necesitas una rosa roja — dijo el rosal — tienes que hacerla con notas de música, al claro de luna y teñirla con la sangre de tu propio corazón. Cantarás para mí, con el pecho apoyado en mis espinas. Cantarás para mí durante toda la noche y las espinas te atravesarán el corazón: la sangre de tu vida correrá por mis venas y se convertirá en sangre mía.

—La muerte es un buen precio por una rosa roja — replicó el ruiseñor — y todo el mundo ama la vida. Es grato posarse en el bosque verdeante y mirar al sol en su carro de oro y a la luna en su carro de perlas. Dulce es el olor de los nobles espinos. Dulces son las campanillas que se esconden en el valle y los brezos que cubren la colina. Sin embargo, el amor es mejor que la vida, ¿y qué es el corazón de un pájaro comparado con el de un hombre?

Entonces desplegó sus alas obscuras y emprendió el vuelo. Pasó por el jardín como una sombra y como una sombra cruzó el bosque.

El joven estudiante permanecía tendido sobre el césped, allí donde el ruiseñor le dejó y las lágrimas no se habían secado aún en sus bellos ojos.

—Sed feliz — le gritó el ruiseñor—, sed feliz; tendréis vuestra rosa roja. La crearé con notas de música al claro de luna y la teñiré con la sangre de mi propio corazón. Lo único que os pido en cambio es que seais un verdadero enamorado, porque el amor es más sabio que la filosofía, aunque ésta lo sea, y más fuerte que el poder, aunque ésta también lo sea. Sus alas son color de fuego y su cuerpo color de llama; sus labios son dulces como la miel y su aliento es como el incienso.

El estudiante levantó los ojos del césped y prestó atención; pero no pudo comprender lo que le decía el ruiseñor, pues únicamente sabía las cosas que están escritas en los libros.

Pero la encina lo comprendió y se puso triste, porque amaba mucho al ruiseñorcito que había construído el nido en sus ramas.

—Cántame la última canción — murmuró—. ¡Me quedaré tan triste cuando te vayas!

Entonces el ruiseñor cantó para la encina; y su voz era como el agua reidora de una fuente argentina.

Al terminar su canción, el estudiante se levantó, sacando al mismo tiempo su cuadernito de notas y su lápiz del bolsillo.

—El ruiseñor — se decía paseándose por la alameda—, el ruiseñor posee una belleza innegable, ¿pero siente? Me temo que no. Después de todo es como muchos artistas, todo estilo sin nada de sinceridad. No se sacrifica por los demás. No piensa más que en la música y en el arte; como todo el mundo sabe, es egoísta. Ciertamente no puede negarse que su voz tiene notas muy bellas. ¡Qué lástima que todo eso no tenga sentido alguno, que no persiga ningún fin práctico!

Y volviendo a su habitación se acostó sobre su jergoncito y se puso a pensar en su adorada.

Al poco rato se durmió.

Y cuando la luna brillaba en los cielos, el ruiseñor voló al rosal y colocó su pecho contra las espinas.

Y toda la noche cantó con el pecho apoyado sobre las espinas; y la fría luna de cristal se detuvo y estuvo escuchando toda la noche.

Cantó durante toda la noche, y las espinas penetraban cada vez más en su pecho y la sangre de su vida fluía de su pecho.

Al principio cantó el nacimiento del amor en el corazón de un joven y de una muchacha; y sobre la rama más alta del rosal floreció una rosa maravillosa, pétalo tras pétalo, canción tras canción.

Primero era pálida como la bruna que flota sobre el río, pálida como los pies de la mañana y argentada como las alas de la aurora.

La rosa que florecía sobre la rama más alta del rosal, parecía la sombra de una rosa en un espejo de plata, la sombra de la rosa en un lago.

Pero el rosal gritó al ruiseñor que se apretase más contra las espinas.

—Apriétate más, pequeño ruiseñor — le decía—, o llegará el día antes de que la rosa esté terminada.

Entonces el ruiseñor se apretó más contra las espinas y su canto fluyó más sonoro, porque cantaba el nacimiento de la pasión en el alma de un hombre y de una virgen.

Y un delicado rubor apareció sobre los pétalos de la rosa, lo mismo que enrojece la cara de un enamorado que besa los labios de su prometida.

Pero las espinas no habían llegado aún al corazón del ruiseñor; por eso el corazón de la rosa seguía blanco: porque sólo la sangre de un ruiseñor puede colorear el corazón de una rosa.

Y la rosa gritó al ruiseñor que se apretase más contra las espinas.

—Apriétate más, pequeño ruiseñor — le decía—, o llegará el día antes de que la rosa esté terminada.

Entonces el ruiseñor se apretó aún más contra las espinas, y las espinas tocaron su corazón y él sintió en su interior un cruel tormento de dolor.

Cuanto más acerbo era su dolor, más impetuoso salía su canto, porque cantaba el amor sublimizado por la muerte, el amor que no acaba en la tumba.

Y la rosa maravillosa enrojeció como las rosas de Bengala. Purpúreo era el color de los pétalos y purpúreo como un rubí era su corazón.

Pero la voz del ruiseñor desfalleció. Sus breves alas empezaron a batir y una nube se extendió sobre sus ojos.

Su canto se fué debilitando cada vez más. Sintió que algo le ahogaba en la garganta.

Entonces su canto tuvo un último fulgor. La blanca luna le oyó y olvidándose de la aurora se detuvo en el cielo.

La rosa roja le oyó; tembló toda ella de arrobamiento y abrió sus pétalos al aire frío de la mañana.

El eco le condujo hacia su caverna purpúrea de las colinas, despertando de sus sueños a los rebaños dormidos.

El canto flotó entre los cañaverales del río, que llevaron su mensaje al mar.

—Mira, mira — gritó el rosal—, ya está terminada la rosa.

Pero el ruiseñor no respondió: yacía muerto sobre las altas hierbas, con el corazón traspasado de espinas.

A mediodía el estudiante abrió su ventana y miró hacia fuera.

—¡Qué extraña buena suerte! — exclamó—. ¡He aquí una rosa roja! No he visto una rosa semejante en toda mi vida. Es tan bella, que estoy seguro de que debe tener en latín un nombre enrevesado.

E inclinándose, la cogió.

En seguida se puso el sombrero y corrió a casa del profesor con su rosa en la mano.

La hija del profesor estaba sentada a la puerta. Devanaba seda azul sobre un carrete, con un perrito echado a sus pies.

—Dijistes que bailarías conmigo si os traía una rosa roja — la dijo el estudiante. He aquí la rosa más roja del mundo. Esta noche la prenderéis cerca de vuestro corazón y cuando bailemos juntos, ella os dirá lo mucho que os amo.

Pero la joven frunció las cejas.

—Temo que esta rosa no se armonice bien con mi vestido — respondió. Además, el sobrino del chambelán me ha enviado joyas de verdad y ya se sabe que las joyas cuestan más que las flores.

—¡Oh, a fe mía que sois una ingrata! —dijo el estudiante lleno de cólera.

Y tiró la rosa al arroyo.

Un pesado carro la aplastó.

—¡Ingrato! — dijo la joven. Os diré que os portáis como un grosero, y después de todo, ¿qué sois? Un simple estudiante. ¡Bah! No creo que podáis tener nunca hebillas de plata en los zapatos como las del sobrino del chambelán.

Y levantándose de su silla, se metió en su casa.

—¡Qué bobería es el amor! — se decía el estudiante a su regreso. No es ni la mitad de útil que la Lógica, porque no puede probar nada; habla siempre de cosas que no sucederán y hace creer a la gente cosas que no son ciertas. Realmente, no es nada práctico, y como en nuestra época todo estriba en ser práctico, voy a volver a la filosofía y al estudio de la Metafísica.

Y dicho esto, el estudiante, una vez en su habitación, abrió un gran libro polvoriento y se puso a leer.

Oscar WILDE





NO ES UNA TAREA MUY COMODA LA DE PESCAR TIBURONES

Diariamente al romper la aurora, unas veces a las seis, otras a las siete, según la estación, sale de la bahía de la Habana el remolcador que arrastra mar adentro la gigantesca gabarra donde los carros, encargados de la limpieza, van amontonando durante el lento transcurso de la gigantesca gabarra donde los carros,

El vaporcillo avanza intrépido, repitiendo ante las olas, con su movimiento de popa a proa, una especie de voluntariosa afirmación, y su chimenea humeante traza un brochazo blanco en la alegría azul de la mañana. Tras él, a corta distancia, va la gabarra: aparece medio hundida, como jadeante, bajo el peso de las basuras que el sol naciente pinta de amarillo; y aquellas inmundicias forman una pirámide de varios metros de altitud, a modo de un peñón flotante, cachazudo, entre la inmensidad verdosa del Océano y la canción esplendorosa, hecha con añil la noche los detritus de la capital.

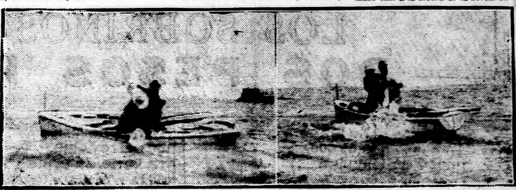
El remolcador camina algunos momentos paralelamente a la costa y endereza luego su rumbo hacia el sitio que barre la corriente mundial del Gol-Stream, corriente formidable, peregrina de todas las latitudes, que parece llevar consigo alguna recóndita inquietud del planeta: Una vez allí, el vaporcillo se detiene, y sobre el alboroto de aquellas olas andariegas, los tripulantes de la gabarra abren unas compuetas, y el agua invade rápidamente el interior del enorme lanchón, vencido bajo pesadumbre tanta: éste va tumbándose hasta que, de pronto, el promontorio de basuras, vestido generosamente de oro por el sol, se resquebraja y desconcierta, pierde su equilibrio y cae al mar; la caída es terminante, a plomo. Después el remolcador, dando una airosa media vuelta, emprende el regreso a la había y la gabarra, completamente deslastrada, brinca alegre y grotesca sobre las aguas, con una alegría de animal que vuelve del trabajo.

Las inmundicias quedan allí vaheando al sol un aliento de muerte, y poco a poco van dispersándose, azotadas por la impaciencia nerviosa del oleaje y del viento; algunas desaparecen pronto en el abismo; las demás arrastradas por las ondas filantes derivan hacia el Norte, tendiendo sobre el mar un camino pestífero, de muchos kilómetros.

Los tiburones no faltan nunca a este copioso festín; llegan en legiones, y allí es donde los marineros, conocedores de sus mañas, acuden a pescarlos.

Al decir de los pescadores familiarizados con ellos, los había de muchas clases: zorros, cornudos, dientudos, pintarrojos, alecrines, cabezas de batea... etc., toda una nomenclatura gráfica y colorista que seguramente no figura en ningún tratado de Historia Natural.

Tendidos gozosamente a lo largo de la playa, bajo la magnificencia religiosa del sol, comienza la pesca.



. — El tiburón, fatigado, se deja izar. — 2 — El momento más dramático de la lucha

Los anzuelos, cebados con doradas carnazas, flotan a una profundidad de quince a veinte metros, y aquellas carnazas, irisadas extrañamente por la luz, tienen la alegría triunfal de las esmeraldas. Los marineros nos aconsejaban:

—Cuando un tiburón "pica" hay que darle cordel, porque el animal, al sentirse herido, se hunde instantáneamente, y es inútil y temerario sujetarlo. Y añadían: Son muchos los pescadores que por no hacerlo así fueron precipitados al mar... y no volvieron.

De pronto uno de ellos, el más grande, se decidió; yo le ví acercarse velozmente, dar una media vuelta que puso en un instante al sol la blancura de su viente, y cómo en su bocaza, defendida por una triple fila de dientes, se apagaba la luz verde de la carnaza mortal. Inmediatamente el animal se hundió; más de cien metros de cuerda se llevó tras sí; luego apenas sentimos que aquel primer impulso de fuga cesaba, todos, a la vez, empezamos a recobrar el cordel; el enemigo, trastornado por el dolor, volvía a la superficie; el botecillo, sin embargo, oscilaba rudamente bajo el esfuerzo de nuestros pies. Ya el tiburón estaba muy cerca, y sus aletas yacían abiertas, en gesto de súplica, cuando reaccionó; la claridad diurna le había despertado. Dió un coletazo formidable y tornó a hundirse. Lo dejamos ir. Así, codardemente, permitiéndole marcharse unas veces y tirando de él otras, conseguimos fatigarlo.

Miré a mis compañeros: les hallé graves, los labios contraídos, el ceño adusto, cual si aquel verdadero duelo a muerte comprometiese su dignidad; mascullaban los marineros palabras insultantes, y con el dorso de sus manos velludas restañaban el sudor que empapaba sus frentes. Era algo primitivo, sanguinario, evocador de los combates del hombre ancestral.

Mucho tiempo duró la pelea. Al cabo, merced a terribles esfuerzos, el animal fué izado casi a la altura de la borda. El drama iba a tocar a desenlazarse. Mientras todos, agarrados al cordel del anzuelo, resistíamos los esfuerzos de la víctima, un marinero levantó entre sus brazos nervudos una barra de hierro, aguzada en forma de lanza, y esgrimiéndola cual si fuera un arpón, la clavó en el cráneo del escualo. Hubo un chirriar de huesos rotos, pero el hierro entró apenas; el segundo y el tercer golpe también fueron infructuosos. Loco de dolor, el tiburón se defendía, amenazando arrastrar el liviano bote tras sí, y su cola azotaba furiosa las aguas, levantando remolinos espumosos; todos estábamos empapados en agua y sudor, anhelantes, congestionados bajo el sol, que echaba sobre nuestras espaldas su abrazo de fuego.

SE SUDA ¿EH?

Los primeros calores han puesto en alarma a las familias sudorosas, y ya hay individuo que se ha precipitado en el cuarto de su señora, diciendo:

—Eufrasia, ¡ya está ahí ese!

—¿Ese? ¿Quién es?

—El calórico. Ahora mismo estaba despachando en la tienda diez céntimos de estoraque y me ha parecido que tenía un horno de cocer magdalenas en el cogote. ¡Ay!

Ya desde aquel momento la intranquilidad reina en la casa y todo se vuelve tomar precauciones contra el calor, como si éste fuese uno de esos tíos segundos gruñones y que todo lo encuentran mal.

Lo primero que hace el individuo atacado de semejante molestia es despojarse de aquellas prendas que la decencia le permite y adoptar la camiseta como prenda reglamentaria.





Don Olegario Rabanilla es uno de estos señores que miran al calor como si fuese enemigo personal y se pasa todo el día revolcándose sobre el suelo del pasillo, porque dice que en los ladrillos encuentra algo del fresco del Sardinero.

—Señorito, una visita.

—¡Maldita sea! ¿Si creerá la gente que con este calor se pueden cultivar las amistades? Dí que pasen a la sala, pues me voy a echar algo por encima.

Poco después, aparece don Olegario envuelto en una colcha y saludando a los llegados.

—Van ustedes a dispensarme, pero en llegando esta época me vuelvo completamente un animal.

—Igual nos pasa a nosotros, y eso que hemos adoptado el sistema de vivir dentro de la artesa, por turno; mientras éste se halla en la oficina me meto yo y allí hasta repaso la ropa; luego salgo y entra él.

Hay gente que en absoluto no puede soportar el calor y ocurre a veces que van por la calle unos apasionados novios, seguidos de la madre de ella, cuando el enamorado joven comienza a palidecer, a sudar y la novia ve con espanto que el sombrero de paja se le derrite hasta que le cae sobre los hombros como si fuese una manteleta.

—Higinio, ¿sufres?

—No, alma mía; es que yo para los rigores estivales soy completamente dúctil.

—Refléjate en mi amor y olvida las perturbaciones atmosféricas.

—¡Bé! — hace el novio y cae desplomado sobre la acera.

Inmediatamente acuden en su auxilio un guardia municipal y un mozo de cuerda y entre los dos le conducen a una farmacia próxima, seguidos de su futura familia.

—Esto no será nada — dice el guardia, que a fuerza de tratar con los señores del Ayuntamiento, tiene gran dosis de escepticismo.

—Désele amoniaco a "este joven — agrega el mozo. — ¿Ustedes saben si le gusta la bebida?

Semejante afirmación, tratándose de un muchacho que de puro correcto lleva las botas dos números más pequeñas, porque no se atreve a devolvérselas al zapatero, produce la indignación de la suegra, y encarándose con el hombre de cuerda, dice:

—Sepa usted que lo que padece es un ataque de calor, porque en este país los gobiernos no se preocupan de asegurar la vida a los que somos honrados. ¡El demonio del hombre!

—Por fin, entre los auxilios de unos y otros y una ducha de agua fría que le administra el boticario, introduciendo el pitorro del botijo por entre el cuello de la camisa, el joven vuelve a la vida y dice, como en las comedias:

—¿Dónde estoy?

—Aquí, en la farmacia del licenciado Uñate, especialidad en específicos, precios casi de la militar.

—A mi lado, ángel mío — agrega la novia, toda ruborizada porque su adorado tormento, sin darse cuenta, ha comenzado a desabrocharse el chaleco.

Ya pasada la impresión, sigue su paseo la feliz pareja, no sin que el novio, de cuando en cuanto sienta que le suben unos vapores como si en su interior se estuvieran fabricando churros.

Estas gentes sensibles para el calor, tienen que procurarse a todo trance algo que mitigue sus ardores y por ahí andan una porción de sujetos cuyo único afán es encontrar algún amigo que esté refrescando en la terraza de un café.

—¡Caramba, Petaquilla! Los deseos que tenía de verle a usted.

—¿Sí? — dice el otro — elevando hasta el visitante los ojos.

—¡Ya lo creo! Usted siempre me fué muy simpático.

—Tome usted algo.

—Por no desairar, beberé limón helado.

Luego se inicia una conversación llena de vulgaridades y cuando después de haber ingerido el helado el gorrón se aleja, el pagano se queda pensando:

—¿Y para qué tendría este hombre ganas de verme? Comienzo a sospechar que lo ha hecho por el refresco.

¡A qué recursos hay que acudir cuando el calor aprieta de veras!

—Casi se tiene en menos aprecio la vergüenza que un chico de horchata o de limón!

A. R. BONNAT

Liga de chiflados

En Hanover (Alemania), se ha formado una liga de chiflados que se llaman geófagos, y que hacen circular profusamente unos folletos en varios idiomas ensalzando las ventajas de comer tierra.



LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

DOS PESOS PARA EL CINE







